

REVISTA **EXOCEREBROS**



Cuarta Edición

NÚMERO 4, JULIO 2022

Selección de textos:

Marilinda Guerrero Valenzuela

Gustavo Chávez Marcos

Uggla Horrorwitz

Revisión y corrección:

Carlos Roberto Salazar

Diagramación:

Sión Editorial

Ilustraciones portada y contraportada:

Marilinda Guerrero Valenzuela

Ilustraciones en Tinta:

Froy Balam

AVISO LEGAL

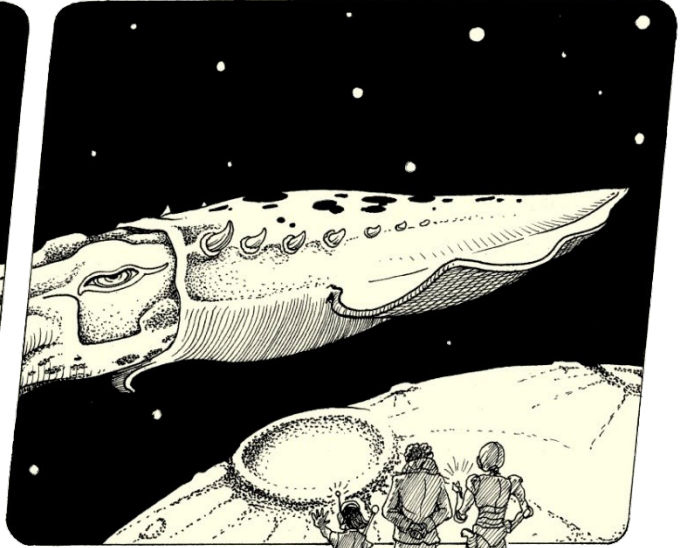
La responsabilidad sobre la legitimidad de los derechos de propiedad intelectual correspondientes a los contenidos publicados en Revista Exocerebros, así como la titularidad de los mismos, pertenece a sus respectivos autores.



| **BIENVENIDOS**
Buscadores de mundos Ucrónicos

Con mucha alegría liberamos el cuarto número de la Revista Exocerebros. Uno de los objetivos es ser un medio de publicación de textos relacionados con la ciencia ficción y en esta ocasión, expandimos la convocatoria pidiendo textos que entraran dentro de la ciencia ficción y el horror: cyberpunk, steampunk, weird, new weird, horror cósmico, pesimismo cósmico, entre otros. Fueron muchos textos los recibidos, lamentablemente tuvimos que escoger un número limitado. Agradecemos a los escritores que nos confiaron sus textos y los que no salieron seleccionados los instamos a que sigan enviando en las siguientes convocatorias.

En esta ocasión, tenemos el honor de contar con los cuentos de los autores Eddy Roma, Rafael E. Caro, Alexsa Bathory, Ángela M., Santiago Falconi, Erik Carillo Perez, Jaime Santana, Jose ángel Conde, Bernardo Pegueros, Mauro J. Frascheri, Violeta Carrasco y además, estamos honrados y emocionados de contar con la colaboración de un cuento del autor hipersticcional Ramiro Sanchiz.



ÍNDICE

AUTOR	OBRA	Pág.
Eddy Roma	El Tronchador	08
Rafael E. Caro	Roxanne	15
Alexsa Bathory	Espejo Selectivo	21
Ángela M.	Insectos	23
Santiago Falconi	Centro de Prevención onírica	28
Erik Carillo Perez	Matilda	32
Jaime Santana	Un feroz resplandor	37
Jose Ángel Conde	Fibra	43
Bernardo Pegueros	Excursiones	48
Mauro J. Frascheri	El ídolo de barro	53
Violeta Carrasco	Querido Santa, ya no quiero que me lastimen	59
Ramiro Sanchiz	Sobre la arena, bajo la piel	65

EL TRONCHADOR

Uno: el capítulo del miércoles del programa «Insólito, su espacio paranormal», se dedica al supuesto espanto visto por niños y trabajadores en el basurero de la zona tres. Es capaz de levantar un refrigerador, no emite gruñido alguno y le crecen ramas entre los brazos.

Dos: el operador de cabina me pasa el teléfono de un señor que trató de comunicarse con nosotros al cierre de la transmisión. Pienso regresarle la llamada al otro día, ya es muy tarde.

Tres: logro hablar con el señor, asegura que posee información acerca del espanto y nos espera el sábado en su casa, cerca de la iglesia del Santo Cura de Ars, zona cinco, a las diez de la mañana.

Cuatro: Rogelio supone que el espanto tiene que ver con los tres carros que amanecieron volteados el viernes por la Avenida del Cementerio. Todos los medios lo atribuyeron a travesuras de drogadictos. Sólo podrá quedarse a media entrevista: llevará a su novia Marleny al cine y ay de él si la deja plantada.

Cinco: olvido llevarme el papel donde apunté la dirección, pero más o menos me acuerdo del aspecto de la casa. Demoro buen rato en ubicarla hasta que me decido a tocar el primer timbre y nos abre un señor alto, de chaleco corinto y boina gris.

—¿Ustedes son los del programa? Mucho gusto, soy Mariano Wellmann. Tengan la bondad de pasar. Anda con bastón a causa de una reciente operación en la cadera. Entramos a la sala. Resalta el radio, limpia y reluciente, cual reliquia custodiada por tres generaciones.

—Acomódense, no tengan pena. ¿Quieren un whisky?

Decimos que sí.

—Antenoche los oí, pura casualidad. Yo buscaba la tgw porque a esa hora pasan un programa de música clásica que siempre oigo y en eso le puse atención a lo que ustedes decían acerca del espanto del basurero. Me interesa y considero —nos tiende un fólder con recortes de prensa— que esto puede servirles.

Contiene noticias publicadas en semanarios de las Verapaces y El Progreso. La más antigua estaba fechada en marzo de 1999. Mencionan el robo de gallinas y chompipes en aldeas de Carchá, aluden a varios soldados que amanecieron golpeados y desnudos en la base militar de Cobán, retratan los destrozos ocurridos en los puestos de la feria de Tulumaje y se burlan del miedo que causó la aparición de «un supuesto hombre vegetal» entre las vendedoras de comida que ofrecen plátanos con crema y tortillas con chiles rellenos a los pasajeros de las camionetas en El Rancho. Entre líneas, se cita al antropólogo Carlos René García Escobar sobre la pervivencia de la tradición oral guatemalteca.

—Yo nací aquí en la capital. Mis papás eran de Cobán y todas las vacaciones íbamos a pasarlas donde mis abuelos paternos. Ellos tenían su casa cerca de la iglesia del Calvario. A la vuelta vivían los nietos de los alemanes que llevaron la receta del famoso salchichón que casi nadie hace ahora. Yo me lo sigo comiendo en el desayuno aunque me lo prohibieron por la grasa, el colesterol y no sé qué más. ¿Ya lo probaron?

Nos fijamos en la mujer, ataviada con el traje cobanero. Trae una bandeja cubierta de galletas con salchichón y guacamol.

Rogelio y yo libramos mano a mano por cada una.

—Están sabrosos, ¿verdad? Pueden pedir más, si gustan.

«Yo hice carrera en el ejército. Un mi tío abuelo por parte de madre fue comandante de armas en varios pueblos de Occidente. Aprovechó para dejar regada la familia por todos lados. Otro mi bisabuelo estuvo con los hombres de Justo Rufino Barrios y le dieron su terreno en el centro de Cobán. La casa que construyó todavía existe, aunque terminó repartida entre una barbería, una tienda y una venta de ropa usada. De más está decir que desde niño sentí gusto por las armas. Me metí a estudiar a la Politécnica, me gustaba más el cuartel que la oficina».

«Ya se fijaron en los recortes que tengo guardados. Siempre les pido a mis primos que me manden los periódicos de allá para enterarme de las novedades. Y comencé a preocuparme cuando se repitieron las noticias del robo de gallinas. Se fijaron que no les dieron mucho espacio, como si no tuvieran relevancia. A los soldados golpeados apenas les sacaron un pedacito así en la prensa, cuando la verdad fue algo muy serio».

Wellmann se sirve un trago con agua mineral.

—También me lo prohibieron —sonríe—. Yo formé parte del equipo de inteligencia dedicado a detectar, infiltrar y destruir las células de la guerrilla urbana. Teníamos que estar atentos a las mudanzas imprevistas, los aumentos en el consumo de electricidad, visitas nocturnas, detectar todos esos movimientos para ubicar a los militantes. No nos íbamos con cautelas. Eran ellos o nosotros.

«Al mismo tiempo nos manteníamos en capacitación. Venían instructores israelíes, argentinos, incluso surafricanos. Llegaban militares de El Salvador, Honduras y algunas islas del Caribe. En aquel tiempo mandaban los sandinistas en Nicaragua, la guerrilla salvadoreña estaba fuerte y se decía que Guatemala caería de un momento a otro».

«En uno de esos intercambios —por favor, si quieren después toman nota o sacan su grabadora— llegó un haitiano, un jefe de los Tonton Macoutes, a sacar el curso de contrainsurgencia. Le decíamos de apodo el Tontón Matute. Era negrísimo, color de chapopote, nos daba risa oírlo hablar. Me acuerdo que en vez del camión decía “la camion”. A veces contestaba que sí cuando debía decir que no pues le preguntábamos si era verdad que pinchaban muñecos para lastimar a la gente. Nunca se quitaba los lentes oscuros, fuera de día o de noche. En su medio español nos decía que así le metían más miedo a la gente allá en Haití. De hecho, me pegó un susto. Yo consultaba documentos en el corredor, apenas había una bombilla encendida, y no sé ni cómo vi que se me acercaban un par de zapatos sin que nadie los llevara puestos. Yo sentí aquel frío en la espalda y resultó que el Tontón Matute andaba buscando el baño».

«Los cursos tenían su parte práctica. Esta vez queríamos mostrarles a nuestros colegas cómo detectábamos y acabábamos con una célula urbana. Ya teníamos ubicada una que se desplazaba entre la zona uno, la zona dos y la zona seis. Nuestro informante nos decía que

eran seis personas que se hacían pasar por vendedores de granos básicos. Recibían su producto en picops cada tres o cuatro noches; en esos picops escondían las armas que les mandaba la guerrilla de El Salvador. También nos mencionó que tenían muchas discusiones promovidas por un estudiante de química farmacéutica que estaba impaciente porque se quedaban sin hacer nada y se peleaba seguido con el responsable, a quien acusaba de que sólo se la pasaba teorizando pero no se animaba a subir a la montaña. Usaba sus conocimientos para preparar las bombas que lanzaban propaganda en las calles y estaba con ganas de idear un explosivo más potente para volar nuestras patrullas».

«Les catearon la casa que alquilaban en el barrio de Candelaria. Nosotros seguimos de cerca las operaciones. De repente el suelo se sacudió como si hubieran dejado caer algo pesado, al estilo del cargamento que se zafa de una grúa y se viene desde arriba. Luego pensamos que una chispa fue a dar donde tenían almacenadas las municiones porque se oyó aquel cueterío como si fuera la Navidad. Después vino otra explosión, más fuerte. Al poco rato nos acercamos a ver».

«Acabamos con toda la célula, nuestros hombres tuvieron un par de bajas. El informante reconoció los cadáveres. De ahí nos dijeron que encontraron al estudiante. Su bomba le estalló cerca. Tenía la cara quemada por la explosión y el pecho se le abrió como si lo fueran a operar de urgencia. Hasta se le notaban las costillas; me pareció que el corazón, o los pulmones, todavía palpitaban. El Tontón Matute, en cuanto lo vio, sugirió que lo lleváramos al cuartel. “¿Cómo así?, no ve que le falta poco para quedarse tieso”, le dije. No me entendió y volvió a decir que lo lleváramos. Yo pensé que conocía algún método para curar a los sobrevivientes y sacarles información; ordené que lo encamillaran y lo trajeran a la brigada».

«El Tontón Matute pidió que los dejáramos en una salita. Empezamos a decir que lo prepararía para comérselo y capaz nos invitaba a probar un poquito. “Chorizos a la guerrillera”, dijo uno de nosotros. También nos imaginamos que sacaba su bastón con calavera de mono en la punta para hacer un ritual con bailes y tambores. Lo cierto es que se estuvo encerrado hasta el amanecer».

«Yo pasé al otro día. Me dijeron que aún no se asomaba. Pero se me acercó de lo más normal, como si no se hubiera desvelado. Ninguno se fijó a qué horas salió y eso que dejé custodios en la puerta. Entramos a ver. El estudiante estaba sentado, miraba al suelo, la piel se le había vuelto gris. El Tontón Matute explicó que lo tendríamos a nuestro servicio. “¿Cómo así?”, volví a preguntarle. Conseguí entenderle que en Haití preparaban a ciertos hombres para soltarlos en los campos con órdenes de someter a la gente y controlar a los enemigos del gobierno. La cura que le aplicó retardaría la pudrición del cuerpo y el deterioro de los órganos al descubierto. No haría falta alimentarlo seguido, pero siempre debíamos tener un par de gallinas o chompipes para dárselos cuando tuviera hambre.

Rogelio y yo nos miramos.

—El Tontón Matute habló al oído del estudiante. Pasaron varios minutos. De repente levan-

tó la cara —los ojos los tenía negrísimos— y se paró como si acabara de aprender a ponerse en dos pies. El haitiano me dijo que llamara a cinco soldados para que lo agarraran. Llegaron los soldados y les ordené que se tiraran sobre el estudiante. No sé de dónde habrá sacado fuerzas, pero los aventó como si fueran hormigas. Todos fueron a pegar contra la pared. Por la tarde hicimos otra práctica a campo abierto con kaibiles recién graduados. El Tontón Matute me comentó que ahora diría otras palabras para que el estudiante usara toda su fuerza. Se confiaron porque lo vieron chiquito y encorvado; sólo dos quedaron de pie».

«Nos enteramos que en el sexto cuerpo de la Policía Nacional tenían arrestados a un par de sospechosos. Al revisar sus expedientes vimos que eran amigos cercanos del estudiante. Mandamos a avisar que queríamos participar en el interrogatorio y les llevaríamos un testigo de fiar. Los presos negaban los cargos aunque ya los habían trabajado. En eso les prenden la luz y atrás estaba el estudiante. El Tontón Matute le dijo sus instrucciones y se les dejó caer encima. Todavía uno le preguntó “vos, ¿qué te pasó?” antes de que le volteara la cabeza. El otro empezó a hablar cuando le hicieron un nudo los brazos».

«Yo me acordé de una historia que oí mucho en Cobán cuando niño y después leí en un libro que le regalaron a mi papá. Era de un amigo suyo, se llamaba Rosendo Santa Cruz. Murió muy joven, poquito antes de que yo naciera. Hablaba de un negro gigantesco al que los kekchíes conocen como el Tronchador. Se abre paso entre el bosque, tirando los árboles que le estorban el camino. Me dio no sé qué leer que se acercaba a los potreros, cuando había luna llena, para aparearse con las vacas. Me pareció apropiado darle el nombre de Tronchador al estudiante y le ofrecimos al Tontón Matute que se quedara en Guatemala para tenerlo a su cargo. Íbamos a tramitarle la nacionalidad y pensábamos asimilarlo a la institución, pero no aceptó. Era demasiado leal a su presidente Duvalier. Se regresó poquito antes que lo derrocaran».

«Dos especialistas y yo tuvimos que aprendernos las palabras. El Tontón Matute nos advirtió que eso podría causar problemas, ya que el Tronchador, lo mismo que todo animal amaestrado, sólo reconoce la autoridad de una voz. Pero quedaba poco tiempo, era imposible que una sola persona se aprendiera todas esas frases, y aceptó enseñarlas. Aquello parecía escuela de párvulos. Cada uno se encerraba por separado con el Tontón Matute y procuraba imitar las palabras que decía. El haitiano nos recalcó que era necesario decirlas despacio porque el Tronchador iba a interpretar la orden de otra manera con una letra que cambiara, no se entendiera o se pronunciara de forma distinta. Quise transcribirlas; me dijo que los caracteres latinos no se ajustaban a la consonante o vocal que supuestamente les correspondería. Pensé grabarlas; tampoco iba a funcionar, la cinta distorsiona el contenido. Sólo podían memorizarse pues se concibieron en pueblos de África que no conocen el alfabeto. Igual, me animé a copiar las instrucciones. Tratamos cada quien de unificar nuestros tonos de voz. Yo aprendí a despertarlo».

«El Tronchador estaría listo por completo si borraba todo recuerdo de su familia. No podía haber afecto, amor, cariño, sólo el puro afán de matar. Su mujer también pertenecía a una célula que se reunía en la zona doce, por La Reformita. La detuvieron junto con sus dos hijos cuando

regresaban del zoológico. Ella negó toda acusación, exigió de vuelta a sus niños y preguntaba a cada rato por su marido, ya que su nombre no figuró en la lista de cadáveres enviada a la prensa después del operativo en Candelaria. Pues le mandaron a su esposo, con un niño en cada brazo. Uno de los soldados se pegó un tiro ahí mismo, de la impresión. Otro se volvió loco y fue a parar al Federico Mora. Aún está vivo. Se la pasa hablando de unos nenitos que lo visitan cada noche, pidiéndole que les arregle sus caritas desarmadas».

Comienza a preparar otro trago. Manda traer más hielo.

—Perdón que lo interrumpa don Mariano, ¿dónde queda el baño?

Wellmann se dirige en kekchí a la mujer.

—Ella le mostrará.

Estamos callados hasta que Rogelio regresa. Consulta su teléfono.

—¿Te llamó Marleny?

—Me puso mensaje. Dice que va a llegar un poco tarde, le agarró el agua por la Roosevelt. Voy a aprovechar para adelantarme. Don Mariano, acá le dejo mi tarjeta. Si quiere, la próxima vez podemos grabarlo.

—Cómo no. Ya sabe dónde queda la puerta. Siento no acompañarlo, me duele un poquito la pierna.

El carro arranca tras dos intentos.

—¿Usted cómo se va a regresar?

—En taxi. Yo dejé avisado que me viniera a traer como a las dos. ¿Qué horas serán?

Wellmann da una palmada sobre su reloj de pulsera.

—La una menos cuarto.

—Vaya si no pasa volado el tiempo.

Saca su pipa.

—¿Le molesta si fumo? —el tabaco huele a chocolate—. Yo me puse a comparar lo que copié en las clases con el Tontón Matute. Y le parecerá algo muy jalado, pero encontré algunas similitudes con el kekchí. Yo lo hablo, me lo enseñó la nana que tuvimos en Cobán. Si logro acoplarlo, me decía, se me hace más fácil la tarea. Y viera lo que nos costó el primer operativo desde la partida del haitiano. Desintegramos otra célula pero se perdieron papeles importantes porque el Tronchador se desató contra todo mueble de la casa apenas acabó con la resistencia. De ahí nos ordenaron que lo lleváramos a la montaña. Ahí sí podía destrozar todo lo que quisiera. Primero se ocupaba del enemigo y después mandábamos a nuestros hombres. Teníamos que arreglar los cuerpos para que los fotografiaran y salieran en la prensa como si hubieran muerto en combate.

«Yo seguí tratando de ajustar el kekchí a lo que capté con el haitiano. Encaré el desafío —lo digo sin crearme lo que no soy— de transferir a otro código la orden de despertarlo y creo que lo conseguí. En cierta forma yo era su responsable. Por cierto, otro día que vengan les voy a mostrar algunas investigaciones que se hicieron en campamentos de refugiados y comunidades de la sierra. Verán que el Tronchador se incorporó a las leyendas y creencias de la gente. Todavía

hablan de un soldado que se comía las gallinas y chompipes vivos. Entre las rótulas ya le crecían los mozotes y a veces floreaba el chicalote que le brotó de las costillas».

«En una emboscada mataron al especialista que sabía calmarlo. Eso nos metió en un problema tremendo. El Tontón Matute nos dijo que cada quien debía guardar sus palabras en secreto. Incapaz de estarse quieto, el Tronchador comenzó a perderse días enteros entre el monte. Y regresaba con hambre. Algo de conciencia le quedaba porque lo hacía de noche o en la madrugada. Así se estuvo hasta la matazón que armó dentro del cuartel con todos los patojos que acarreamos de la feria de Lanquín. Ahí le rompió la columna al único varón del mero principal del pueblo y compadre del comandante de la base. “Te doy veinticuatro horas para que acabés con esa cosa”, me dijo, “o te degrado a soldado raso y te mando con una pistolita al frente más peligroso”».

«En toda esa región abundan los siguanes. ¿Los ha oído mencionar? Son unos agujeros hondísimos; si usted deja caer una piedra, nunca se oye que llegue al fondo. La única solución, pensé, era tirar al Tronchador dentro de un siguán. Pensé cómo llevarlo. No me autorizaron a usar helicóptero. El Tronchador, con la fuerza que tenía, podía voltearlo. Sólo quedaba confiar en su instinto. Sabía que teníamos al enemigo enfrente al comenzar la balacera. Caminamos no sé cuántas horas entre el monte hasta que llegamos cerca de un siguán que estaba señalado para evitar que las patrullas se fueran en él. El grupo de vanguardia comenzó a dispararnos. El Tronchador se dejó venir contra ellos, atravesó los matorrales y no lo vimos salir. Los que tenían el oído fino sintieron cuando se fue entre el siguán».

«Tres días acampamos en los alrededores, pendientes de que se apareciera. Mandaba soldados a rastras, con las lámparas más fuertes que tuvieran, para que se fijaran si el Tronchador venía de regreso. Uno se pasó de comedido y cayó dentro del hoyo. Ya estando en la base pensé que debimos tirar unas cuantas granadas y sellar el agujero, por si acaso. Me imaginé que podía quedarse atrapado allá abajo hasta que se lo comieran las hormigas y llevaran sus pedacitos a la superficie».

«Pasé a retiro en 1994. Enviudé a los tres años. Mis hijos hicieron su vida en Estados Unidos. Alquilo el terreno que compré en la colonia Lourdes y sigo aquí, donde me crié».

Wellmann vacía su pipa. La mujer emerge para retirar los vasos y la botella.

—El Tontón Matute nunca nos comentó, y qué iba yo a preguntarle, si los hombres como el Tronchador se mueren. ¿Llegó hasta el fondo del siguán? ¿Cuánto tiempo se pasó trepando? ¿Cómo logró alimentarse y dónde se escondió? Saque cuenta de todo lo que se vino caminando: del fondo del siguán para Cobán, de Cobán para El Rancho, de El Rancho para acá. El instinto le hacía regresar al cuartel. Ahora se vino a la capital. Algo busca.

—¿Y qué podrá ser? —aventuro.

—No sé. Tal vez su casa. La base donde lo tuvimos. Cualquier lugar. Ah, mire.

Me tiende dos bolsas.

—Son los chocolatíos de Cobán. ¿Tampoco los ha probado? Eso que pasan vendiendo en

las camionetas es pura imitación. Pruebe uno, si quiere.

Vuelve a fumar.

—Entonces don Mariano —me levanto—, si gusta lo venimos a grabar otro día, ¿le parece?

—Sí, cómo no —Wellmann se yergue; cuando joven debió parecer que nunca se terminaría de parar—. Llámeme temprano, para que platiquemos.

La lluvia se acerca. Las casas más alejadas están tapadas por una cortina blanca. Una señora camina bajo su sombrilla, sostiene un par de bolsas plásticas y jala de la cuerda a un chihuahua que no para de ladrar.

El Tronchador podría seguir escondido en el basurero, rodeado por los gases que emanan de los desperdicios. Observa de lejos a los recolectores y a las mujeres que escarban entre la basura para encontrar todo lo que se pueda reciclar. Hace días que no come.

Me pregunto por qué nos contaron todo esto.

EDDY ROMA

Amatitlán, Guatemala, 1977. Narrador. Estudió ciencias de la comunicación en la Universidad de San Carlos de Guatemala. Colabora con la revista Primeros Auxilios y trabaja como redactor de noticias. Tiene a su nombre los libros El cabezón de la banda (2000) y Café con piernas (2011).

ROXANNE

*You don't have to put on the red light
Those days are over
You don't have to sell your body to the night
-The Police, "Roxanne".*

Me incorporo con dificultad en el terreno pedregoso. Quién sabe a cuántos kilómetros por delante de mí, se yergue una cordillera de placas formadas por roca pulida brillantes al sol. Siento el cuerpo como si me hubieran molido a palos y, en cierta forma, así había sido. Resoplo detrás de la escafandra. Fue entonces cuando mi transporte hubo de realizar su última maniobra de aproximación en modo automático pues yo me eyecté ante el temor de no sobrevivir al choque. Mi paracaídas y yo nos zambullimos a través de las nubes de un tono rosa pálido.

Todo había ocurrido muy rápido.

Momentos de seminconsciencia durante los cuales el grafito negro del espacio pasó a disolverse en una capa de suaves tonos pastel para terminar con el resplandor cegador del suelo. Un impacto final y eso había sido todo. El calor se vuelve sofocante debajo de la escafandra mientras mis reservas de oxígeno se agotan. El análisis de la composición atmosférica se revela compatible con la fisiología humana. Hay una concentración de anhídrido de carbono algo excesiva pero tolerable.

Desajusto los cierres herméticos alrededor del cuello y siento la brisa cálida del exoplaneta acariciar mi barba entrecana. Aspiro una bocanada fresca que mi traje emana para mezclarse con el olor áspero del paisaje: "Igual a la contaminación de la sobrepoblada y apestosa Hong Kong durante un embotellamiento de tránsito", pienso. El peso adicional del traje no facilitará mi andar. Decido liberarme del innecesario peso extra. Tras hacerlo, me percató de que mi piel está expuesta a los rayos que calcinan cada piedra del páramo donde me hallo. Extraigo del costado de mi borceguí un cuchillo y lo empleo para recortar un buen trozo del paracaídas, me envuelvo en la tela blanca. Así ataviado, me cercioro de las coordenadas que me envió la nave antes de caer. La dirección indica que debo dirigirme a la hilera de rocas inclinadas. Estas poseen un ángulo lo bastante agudo para dar la impresión de ser fichas de dominó, petrificadas, a medio caer y sin terminar de derrumbarse jamás. De repente me recuerdan las lápidas de un cementerio abandonado; sacudo la cabeza para disipar esa imagen.

Con una preocupación menos entre cientos de ellas, pongo rumbo a mi transporte para recuperar la carga. A fin de cuentas el cargamento es lo más importante de la misión. Más importante que yo, aunque desconozca de qué se trata la carga, no es de mi incumbencia. Cuando la nubosidad se aparta de ellas, las crestas de rocas planas destellan en miles de puntos sobre su superficie. Ignoro cuál es la rotación de este exoplaneta sobre su eje. Puede que el día tenga pocas horas o muchas más al de la lejana Tierra. La mañana se hace breve, de modo que la segunda posibilidad parece ser la correcta.

Conforme aumenta la temperatura, una luna llena del doble del tamaño que la de la Tierra muestra sus cráteres que me recuerdan a centenares de bocas que bostezan o gritan sin sonido. Mis delirios ópticos me indican que estoy al borde de la deshidratación. Apenas dispongo de un litro de agua en mi cantimplora. Aparto la tela del paracaídas-túnica de mi rostro y bebo un par de sorbos largos.

La maldita cordillera apenas incrementa su tamaño ante mis ojos tras varias horas de caminata y parece burlarse de mis empeños por alcanzarla.

“La carga”, medito y evoco las palabras de mi jefe:

—Este cargamento es muy importante. La naturaleza de esta misión es muy delicada, por lo tanto, no figura en ninguna hoja de ruta —había dicho él con énfasis, midiendo cada palabra—. Supe que eso significaba que un magnate pedía total confidencialidad.

—Comprendo —le había respondido yo—. Mientras el riesgo sea directamente proporcional a la paga.

—Claro que lo es. Otra cosa: la carga será entregada al mismísimo destinatario en persona, sin intermediarios.

A pesar de todo el secreto, los rumores suelen filtrarse. “Roxanne” se escuchó más de una vez al referirse a mi carga. Con seguridad se trataba de un prototipo bélico. Pocos detalles más acerca de Roxanne llegaron a mis oídos hasta que debía partir. “Diseño en rojo”, “excelente estructura”, fue la información fragmentada que me llegó. Sin más, desistí de intentar darle sentido. Me bastaba saber mi punto de salida y llegada junto con la entrega en las manos del misterioso cliente.

Llego por fin a la base de las columnas inclinadas cuyos bordes afilados se alzan, amenazando con rasgar el vientre del firmamento. Con alivio veo a mi vehículo de transporte yacer de este lado de la cordillera. Caso contrario, yo no habría sabido qué hacer si la nave hubiese quedado del otro lado de la formidable cresta de rocas. Desde mi posición no parece haber daños considerables en el fuselaje. Me adentro en la nave, inspecciono con cuidado el casco. En el interior de la cabina, el lugar donde estaba mi asiento se halla vacío pues salió despedido conmigo en él cuando me eyecté. El sitio del inexistente copiloto permanece intacto. Me evitará la incomodidad de pilotear parado.

Es hora de revisar la carga. Horrorizado, veo que sobre el tablero de control una luz intermitente señala: Depósito de carga abierto. Atravieso los pasillos hasta el centro del transporte; sin darme cuenta estoy corriendo mientras ruego que se trate de un error del sistema por alguna sobrecarga. Uno intuye cuando un desastre ya ocurrió. A pesar de ello, no aminoro mi velocidad. Nada. El contenedor permanece vacío con la tristeza de un caparazón fosilizado. Es posible que se haya desprendido durante la caída y esté decenas, quizás centenares, de kilómetros en algún sitio inalcanzable de este páramo. Tras el momento de ansiedad, el fracaso se empeña en anteponerse. Sentado con la cabeza entre las manos, me desprendo con furia de mi túnica.

— ¿Dónde está tu carga? —murmura una voz ronca.

Miro el caño de una pistola apuntándome a la cabeza. Lo empuña un par de ojos grises debajo de unas cejas espesas. Levanto las manos sin necesidad que el sujeto me lo pida. Se ve tan extraño con su atuendo y arma antiguas dentro de la sobriedad de la nave que hasta me parece cómico, sino fuese porque estoy del lado equivocado del arma.

—Te repito: no lo sé. Ni siquiera inspeccioné el estado del cargamento ¿Acaso hubiera cruzado medio desierto si lo supiera? —suspiro.

—Si se va a poner difícil, te daré una última oportunidad. Vamos afuera a enfrentarnos por la carga y que el mejor se quede con el botín.

— ¿Por qué harías eso?

—Soy un apostador, un nostálgico del pasado. El espacio es un lejano oeste sin límites. Y si no consigo a esa bomba o lo que sea que llaman Roxanne, voy a divertirme apostando mi propia vida, y la tuya. Así que vamos a cielo abierto. Despacio y sin pasarte de listo. Obedezco al sujeto que despide humo de tabaco entre su labio leporino. Bajo de estatura, lo advino macizo debajo de su vestimenta: una especie de chaleco corto y mugroso con pantalones raídos y unas botas tan primitivas que parecen estar hechas de cuero real de alguna clase de animal exótico.

—Esto es lo que haremos —dice quien, supongo yo, es un mercenario. Vamos a hacer lo siguiente: me das la ubicación donde cayó la carga y todos en paz.

—Desconozco ese dato.

—Entonces habrá que batirse a punto de pistola.

De los millones de posibles enunciados que el tipejo podría haber dicho, esto no lo habría imaginado jamás. Acaso el hombre está loco o simplemente ya se aburrió de una vida azarosa.

—Podríamos hacerlo aquí mismo —musitó.

El individuo pasea su mirada brevemente por el lugar. Resopla—No. Dos hombres deben luchar a cielo abierto.

Camino con los brazos en alto seguido por el desconocido Reconozco que hay algo de cierto en sus palabras. Si vamos a apostar la vida a cambio de un arma secreta, debe realizarse en un lugar más apropiado.

Fuera de la nave, el sol parece recalentar todavía más la cúpula de nubarrones por encima nuestro. La saliente puntiaguda y filosa de una cresta montañosa proyecta una sombra hacia un promontorio de dos metros erosionado por el viento, a poca distancia de mí y mi captor.

— ¿Cuál es tu nombre? —escucho la voz del individuo a mis espaldas.

—Eso no importa —respondo—. Yo tampoco sé el tuyo ni me interesa saberlo.

—Te lo pregunto porque me gustaría saber qué nombre grabar sobre el montón de rocas después de sepultarte.

—Qué considerado de tu parte, y optimista, además. Yo ni siquiera me tomaré la molestia de enterrarte una vez que te haya matado.

Demasiado cerca de mi nuca oigo la risita desagradable y apagada entre dientes de mi futuro adversario, quien finge un tono lastimoso para rematar mi comentario con un:

—Es una lástima tener que matar a alguien con tu sentido del humor. —Se pone a mi lado apuntándome con su pistola y señala la sombra del peñasco.

—Cuando la sombra toque el borde de ese montículo —explica —, entonces será el momento de desenfundar y disparar.

Sin dejar de mirarme, se aleja unos treinta pasos, saca la otra pistola que lleva en su cinturón y me la arroja a mis pies.

—El arma podría estar descargada —mascullo yo sin mucha convicción.

—Un duelo a muerte no tendría emoción si no fuera así. —Me indica con un gesto que me cerciore de sus palabras. Recojo la pistola y reviso el tambor de la misma. En efecto, las seis balas giran ante mi vista. Con lentitud, coloco mi arma por dentro de mi cinturón. Mi contrincante imita mi gesto, a pesar de la distancia entre nosotros adivino una media sonrisa perversa en sus labios donde la brasa pálida del cigarro termina de apagarse.

Atrapado dentro de un paisaje convertido en un reloj de sol, la falange oscura del peñasco se acerca a cada segundo al montículo calcinado por la sucesión de infinitos soles.

De mi frente, el ardor leve de una gota de sudor penetra en mi ojo derecho. Ignorante de las dos vidas en juego, la sombra toca el borde rocoso con apatía.

Más pendiente del movimiento del brazo del desconocido ante mí que de la dichosa sombra, aferro la empuñadura de mi pistola justo cuando él lo hace.

Dos disparos resuenan en el aire y retumban en la quebrada de la cordillera alienígena.

Me encuentro en el suelo arenoso y caliente, sigo con vida. Algo me ha empujado al suelo desde atrás. Recién es cuando advierto las curvas de caderas femeninas cubiertas por telas livianas que flotan con delicadeza en la repentina ventisca que levanta nubecillas de polvo. La seda roja flamea en torno a las piernas de la mujer que lleva puestas botas de un material negro brillante en contraste con su piel. Quien quiera que fuese, ella me ignora. Mira la boca humeante de pólvora de la pistola que me disparó. Otro estruendo. El tercer disparo impacta en el hombro de la muchacha, ella ni siquiera se estremece. Su cabellera se despliega en medio de otra ráfaga súbita.

El desierto retumba por cuarta vez. Ella tiene mi pistola en su mano y ha disparado. Veo la figura de mi oponente caer de bruces. La muchacha deja caer su pistola con desdén.

Me incorporo, asustado, y le pregunto:

— ¿Estás herida? —mientras miro el lugar del balazo en su carne intacta.

La sorpresa en mi rostro le produce un mohín próximo a una fugaz sonrisa pícara la cual lamento ver desaparecer tan rápido de su boca carnosa. Ella posee rasgos aniñados, pómulos altos, ojos oblicuos y su tez resume la suma de las más apreciadas características de las etnias de la Tierra.

—Gracias por salvar mi vida —susurro impostando mi voz en procura de que ésta suene un tono más grave.

—Proteger la nave y a su tripulante es mi función básica —contesta ella. Debo llegar a des-

tino.

—Pues gracias por protegerme entonces.

Tras lanzar una mirada más, la muchacha quien parece haber visto lo suficiente, me da la espalda y se mueve como si pretendiera desfilarse sobre una pasarela de Milán, Londres o Praga, todas ciudades a miles de años luz de distancia de nosotros.

—¿Me vas a decir tu nombre? —gimoteo en una súplica que deshace mi impostado vozerón anterior.

—Roxanne —musita ella, sin detenerse.

Al oírla, las rocas circundantes me heredan su petrificada inmovilidad por un momento. Me recupero y troto detrás de Roxanne.

—Creí que “Roxanne” era el nombre en código para un tipo de bomba —digo y, al hacerlo me lamento enseguida de habérselo expresado; me siento tonto al referir que los huracanes o armas de destrucción masiva lleven nombres femeninos.

—La condición de la nave es perfectamente reparable para continuar al lugar de destino —sentencia Roxanne.

—Se supone que eras la carga.

—Pocas cargas son capaces de pilotear la nave que la transporta. Pero es cierto que no soy humana. Soy un modelo mimético femenino diseñado para complacer las fantasías sexuales del propietario que encargó mi diseño.

Herido tanto en mi orgullo masculino como en mi condición de piloto, aventuro una hipótesis la cual se me acaba de ocurrir:

—Si eso es verdad y soy prescindible ¿Por qué me contrataron para conducirte hasta tu propietario?

—Él hubiera querido ser el primer hombre a quien yo viese. Una especie fetiche suyo, de acuerdo a mis especificaciones de fábrica.

Roxanne se atarea en la reparación sin apenas notar mi presencia. La habilidad casi legendaria de los especialistas en robótica más allá de las columnas de la nebulosa del Águila, ¿realmente habrían llevado sus avances hasta ese punto para destinarlo al propósito del placer de un hombre? Con seguridad uno podía conseguir un androide — “ginoide”, sería más exacto en el caso de Roxanne — si se disponía del monto necesario. Siempre había sido así en todas las épocas y mundos que habitó la humanidad.

—Pero ya has visto un hombre —musito yo con precaución.

—Dos —corrige ella en un suspiro de resignación —, si contamos al que debí matar para protegerte. Supongo que cuando se ha visto uno se los ha visto todos.

En media hora el fuselaje se estremece cuando el sistema de propulsión es activado por Roxanne.

—Listo —afirma ella, con efectividad y sin jactarse por una hazaña para la cual yo habría demorado semanas.

—Bueno, hora de irnos —atino a decirle mientras ella prepara las maniobras de despegue.

Al verme allí, parado y ansioso, Roxanne levanta sus cejas como si de veras sintiera lástima de mí. Tiempo después, al recordar ese momento me gusta pensar que se compadeció de mí cuando dijo a continuación:

—Tendrás que quedarte aquí solo. Acabo de enviar un S.O.S. con tu ubicación para que vengan a rescatarte. Hay un tanque de agua y alimentos a bordo que dejaré aquí hasta que lleguen a buscarte. Yo no las necesito.

—Me abandonarás aquí —protesto.

—Si yo hubiera despertado al llegar a mi destino, dudo que me habría cuestionado el propósito para el cual fui creada. Me temo que mi función primaria de existir para complacer a un hombre me es, ahora, insuficiente. Considéralo así: te salvé la vida y a cambio, reclamo mi libertad.

Mis certezas de toda una vida se derrumban por segunda vez en un día.

— ¿Y adónde irás, Roxanne?

—Ah, no tengo idea —susurra ella con un leve encogimiento de hombros—. El universo es inmenso, por ende, sus posibilidades, infinitas.

—Te entiendo. Mucha suerte —le respondo con total sinceridad.

Ella me guiña un ojo con la picardía proporcionada por sus circuitos de memoria, pero eso no quita que, al ser ejecutado el gesto por primera vez, mengue su frescura.

Veo ascender la estela luminosa de la nave guiada por Roxanne unirse a los soles engañosos que habían permanecido escondidos hasta el ocaso. Me siento feliz por perder el cobro del envío de una carga.

RAFAEL E. CARO

Escritor salteño de la generación x. Narrador influenciado por la narrativa de la ciencia ficción anglosajona y la poesía de los escritores contemporáneos del noroeste Argentino. Ganó y perdió en diversos concursos regionales. Publicó en las revistas Sonámbula y ¡WTF! Además, participó de antologías tales como Antología Ediciones (¡Ay, Caramba!), El viaje (Ed. Cronopio). Es autor de la novela de ciencia ficción Gen Incarri, Cuentario; Crónicas marxianas (Ed.¡Ay caramba!) y Melange (Luz Fer Studio). Actualmente se encuentra próxima la publicación de otro libro de cuentos Safari Urbano (Falta Envido Ediciones).

Por fin pude desatarme. Caí bruscamente sobre el suelo, pero aguanté el dolor. Miré las paredes de cristal, se atravesó el reflejo de mi cuerpo desnuda. Afuera caminaban seres de piel lisa y morada. La mayoría semejaban ranas en dos patas, con la espina dorsal por fuera y la mandíbula demasiado ancha. No sabía cómo esconderme, aunque ninguno parecía particularmente interesado en mí.

Caminé alrededor del domo. No había absolutamente ningún mueble, instrumento o aparato. Donde había estado mi cuerpo parecía una mesa hecha de hielo. Busqué la puerta para salir. Supe que la había encontrado cuando sentí pegajoso bajo mis manos. Tiré hacia un lado la puerta y ésta comenzó a abrirse automáticamente.

Seguro no esperaban que despertara tan pronto. Estaba dormida cuando un inmenso tubo, como un tobogán, se abrió paso a través del techo de mi recámara. Sentí que succionaron mi cuerpo y me elevé hacia una luz demasiado brillante. Me desmayé. Por momentos abría los ojos. Seres morados. Hologramas. Me amarraron brazos y piernas. Me congelaba. Escuchaba zumbidos.

Ahora debía buscar la forma de escapar. ¿A dónde? ¿Estaba segura que esto era todavía la Tierra? El suelo parecía una fina arena de mar. Caminé hacia la parte trasera de aquella villa de domos transparentes. Todos los seres eran tan parecidos entre sí. Temía que alguno me hubiera visto más de una vez y en realidad estuviera siguiendo mis pasos, estudiando mi siguiente movimiento. Sólo a veces una mancha de más o la forma de sus huesos en la espalda los hacía diferentes.

A lo lejos vi que señalaban el domo donde había estado secuestrada. Debía escapar. Miré lo que parecían ser dos pirámides verdes; no eran transparentes como las demás construcciones. Me acerqué a ellas para esconderme. Mi corazón dio un vuelco cuando noté que no tenían entrada. Era el fin. Entonces un par de seres pegaron su espalda a una de las paredes y éstas se abrieron. Aproveché y me colé tras ellos.

Me petrifiqué con aquella escena ante mí. Al centro, amarrado por las manos, colgaba un hombre. Los seres aquí se parecían menos a los que había visto afuera. Algunos tenían rasgos más humanos. Su mandíbula era mucho más pequeña, otros tenían la piel café o en las manos ahora había un pulgar. Frotaban sus espaldas entre ellos, algunos con ayuda de sus extremidades, otros simplemente espalda contra espalda. Era como la visión de una orgía en la que todos se extasiaban por el hombre al centro. Ninguno de esos seres tenía genitales.

Sin notarlo, caminé de espaldas hasta que volví a toparme con la pared. Ahora estaba encerrada con todos ellos. Me deslicé lentamente hacia la esquina. Pude ver que el hombre tenía un aparato en su pene que lo estimulaba mecánicamente. Aún así, su gesto no era de placer; parecía cansado. Un ser se acercó a él y le sonrió aún con la mandíbula ancha. Quitó el aparato para sustituirlo por sus manos húmedas. El rostro del mártir se transformó en un gesto de dolor.

El movimiento aceleró hasta que el hombre se convulsionó en un orgasmo.

Tan pronto el semen comenzó a salir, varios seres se lanzaron para lamerlo. Su piel cambió de colores, pasando del morado al azul, al verde y luego al rosa. Así hasta que se estabilizaron de nuevo. Algunos perdieron su color morado. Otros consiguieron vello en la entrepierna o las axilas. Eran tenues los cambios, pero en definitiva conseguían rasgos humanos.

Al mismo tiempo, otras parejas que se frotaban la espalda consiguieron el éxtasis. Cuando llegaron al clímax, los huesos de sus espinas dorsales parecían esconderse al tiempo que expulsaban decenas de agujas por las mismas cavidades. La pareja en cuestión era agujijoneada. Soltando un leve zumbido, su cuerpo también comenzaba la transición de colores. Esta vez tomaban rasgos similares del otro ser cuyas espinas los habían penetrado.

Aprovechando las explosiones de placer busqué escabullirme hacia lo que parecía un pasillo del otro lado. Pero al girar la cabeza ahí estaba uno de ellos. Me miró con sus ojos saltones, remojando de orilla a orilla su enorme boca. Me tomó por el cuello pegándome contra la pared. El estruendo llamó la atención de otros. Sentí su lengua sobre mi pecho. Su roce me quemaba. Traté de patear para soltarme, pero entonces se acercaron más para sostenerme brazos y piernas.

Desataron al hombre en el centro. Entonces supe que tomaría su lugar. En cuanto estuve más cerca, vi su pene deshecho en jirones. Era como una flor marchita y calcinada. Una nalgada me trajo de vuelta a mi propio cuerpo. Me estaban amarrando las manos para colgarme. El ser que me encontró no se separaba de mí. Comenzó a frotar su espalda contra mi abdomen, mis muslos. No sabía cómo estimularme.

Un fuerte zumbido resonó en mis oídos. Era como si todos quisieran hacerle algo a mi cuerpo con tal de conseguir lo mismo que obtuvieron del hombre muerto a mis pies. Pero el ser frente a mí se desesperó; con un lengüetazo de fuego me atravesó el pecho. Comenzó a fluir sangre y bebió de mí. Esta vez la transformación fue más rápida. Cuando se estabilizó me miró de frente. Fue como verme en un espejo: era yo con los ojos desorbitados.

ALEXSA BATHORY

México, 1994. Psicóloga de profesión, aunque dedicada al resguardo de Derechos de Autor de obras musicales. Colaboradora de la antología 50 Demonios junto con Gato Calavera y Monsieur Mess (2015). He publicado cuentos en Penumbría, revista fantástica para leer en el ocaso, y también en la antología Mortuoria Sombras en Día de Muertos, antologada por Lourdes C.V. (2017).

Llama a la Puerta, vuelve a llamar. No hay respuesta. El Hombre está impaciente, lleva mucho tiempo esperando; tanto tiempo, que el sol se ha vuelto rosado y lejano, y la luna se acerca como el rostro blanco de un muerto. El cielo ya no marca el paso del tiempo, solo los golpes de su puño contra la madera marcan los segundos y los años, uno, uno, uno. Detrás de la Puerta hay una fiesta, es grande, es ruidosa y el hombre quiere entrar. Escucha con avidez tras la Puerta. Es la fiesta de los bienaventurados y no parece que vaya a terminar.

El hombre se sienta en el suelo, apoyado contra la Puerta. Está frío, es húmedo. Todos los días le acedía algún dolor. Detecta protuberancias y anormalidades que le asustan durante días y que después olvida, esperando que desaparezcan. Está comprando tiempo, hasta que su cuerpo no pueda resistir más la impostura de la salud y colapse en una fulminante enfermedad final, que será enlace fatal de todos sus padecimientos; la gran caída de una fila de fichas de dominó.

Solo desea poder pasar. La Puerta es roja y nunca se ha abierto para él, para nadie de Este Lado. Aquí estamos los desgraciados, piensa. Los que no tenemos un nombre, ni una cara. Los que nacemos y morimos sin alterar el rostro del mundo.

En Este Lado la luz es azul y los ojos esquivos, los años semejantes y las horas lentas. El tiempo está vacío; los recién nacidos pueden envejecer en un instante o en una lenta eternidad. Muchos han renunciado a entrar a la fiesta y algunos afirman que no existe. En Este Lado de la Puerta, el suelo está inundado y un charco de agua embarrada llega hasta la rodilla. Moverse es difícil y agotador; cada paso en Este Lado cuesta como una carrera en el Otro, quizás por eso no tenemos fuerzas para abrir la Puerta.

El hombre está helado y nunca puede secarse. Seguirá llamando a la Puerta, convencido de que al Otro Lado el suelo es cálido y confortable, que se puede pasear sin agotamiento.

La llave es la fe, le han dicho; ha tenido fe y la Puerta sigue cerrada. Se ha sentado frente a ella, con el espíritu limpio, la mente tranquila. Cómo han entrado los que están dentro, no lo sabe; también lo desconocen todos los de Este Lado. Si lo supieran, ya habrían entrado; es un secreto inaccesible, de los que se heredan junto a un bello nombre, jamás escrito, nunca publicado. El mayor secreto de la historia.

La llave es la fe y el trabajo, ha oído. Después de un tiempo, la fe se ha debilitado y la sonrisa de la justicia tiene hocico de bestia. En el trabajo ha invertido sus mejores años, pero la Puerta ni se abrió.

Viene entonces el tiempo del cólera. Durante ese tiempo golpea la Puerta y asegura que la echará abajo, que matará a los habitantes del Otro Lado, que se ríen, pero no de él. Él les es indiferente; no le conocen y no les preocupa. Ríen porque son dichosos y afortunados, porque alguien especialmente ingenioso ha inventado una nueva broma. Hay barreras que la fuerza no puede quebrar.

Ahora es el tiempo del resentimiento. Toc, toc, toc. Una manzana se agría dentro del pecho

del Hombre; ennegrece y destila jugo envenenado, que se mezcla con su sangre. Nadie le espera, nadie le va a dejar pasar. Le han engañado, está perdiendo el tiempo, no le queda mucho. El Hombre no es un hombre; es una fiera encerrada que camina en círculos, enloqueciendo.

Se ha alejado de la Puerta por primera vez, sin saber qué busca. El aire es sólido y gris y los cuervos están graznando una triste canción en los árboles, que engendran frutos podridos. De ellos cuelgan las sogas y en ellos bailan los cuerpos. Árboles con hojas de sangre y carne, que el viento hace danzar tiernamente.

Son multitud los que viven lejos de la Puerta y fingen que no existe. Estamos mejor así, aseguran los que no esperan nada. Los que se olvidan de la Puerta acaban olvidándose a sí mismos, piensa el Hombre. Terminarán mecidos por la brisa, comida de pájaros, pasto de carnívoros.

El ser humano tiene un olor particular; de entre todos los animales, es el único que apesta a cadáver. Algunos infelices están sentados, con las manos cubriéndoles la cara, cantando canciones de cuna, riendo. Sueñan un sueño en el que no existen, han inventado la gran mentira.

Otros se esconden, pero observan con el miedo como última posesión. El resto hace girar La Rueda de la picadora de carne, donde todos terminan cayendo. Hombres, monstruos y dioses, todos tienen al fin el mismo destino. Incluso los santos, los que tienen fe, los que trabajaron y retienen la esperanza. Todos, salvo quizás los del Otro Lado. Los de aquí tratan de parecerse a Ellos, sin saber qué aspecto tienen en realidad, a qué sabe su comida, cómo son las camas en que duermen; la vida en Este Lado es una dolorosa parodia.

El Hombre está vencido, superado; soñando como siempre en algo extraordinario. Ansía ver el color rojo, un color que huela más que el hedor de las bocas y la podredumbre de las llagas, que se alce sobre los demás es una instantánea victoria coronada. Teme el día que no le quede valor para perseguirlo ni fuerzas para desearlo. Rojo como la Puerta, rojo como una herida; rojo sobre el gris y el azul de Este Lado. Rojo, el color de los grandes momentos.

El Hombre ve a Otro, y le observa con los ojos del Carnicero; está solo, como todos los demás y como él mismo. Frente a la realidad todos los seres lo están. Le mira durante una semana insomne, y aprende a odiarle.

El Otro tiene ojos de cordero, redondos e impotentes. El Otro es débil y no merece entrar por la Puerta; los del Otro Lado no abren la Puerta para no dejar pasar a herbívoros como el Otro. No conocen al Hombre; él sí merece entrar.

Un deseo como una infección se propaga, el Rojo reclama su lugar, y la sangre del Otro pronuncia palabras de amor en sus venas, tómame, bébeme. Está llamando al Carnicero. La idea da vueltas en su cabeza, como un pez en una pecera, desesperada y necesaria, porque el Hombre reclama su lugar lejos de la Rueda, porque no se puede ser una víctima cuando se es verdugo. El Hombre desea renunciar a su condición y convertirse en un lobo, heredar el secreto, levantarse del barro.

El Carnicero toma la decisión como se arranca una flor. Corta su carne con placer; es colorada y jugosa. Le acaricia el cuello sangrante y la cara empapada. Se ha preparado bien su traba-

jo: un martillo, una sierra, un bisturí y un cuchillo grande. En el cielo violeta bailan los dioses del caos; una danza circular e infinita, la danza del principio y del fin, la Ley y el último argumento de la naturaleza.

Los dioses gritan y el Carnicero engulle al Otro; es un engrudo enfermizo que le hace dormir durante un mes, soñando en cajas de música mecánicas y una mano dando cuerda una muñeca que dice “mamá”.

Los ojos del Otro ahora son blancos y rosados; son hermosos. El Carnicero los arranca de las cuencas y los lame; como una cereza o un regalo. Ahora tiene dos corazones, cuatro manos, dos cerebros, dos lenguas y cuarenta dedos; ahora es inmortal y tiene el doble de sangre y unos ojos blancos y rosados en la boca. Ahora podrá traspasar la Puerta y la enfermedad no podrá alcanzarle, porque no hay nadie mejor que él al Otro Lado, herbívoro y carnívoro, víctima y asesino al mismo tiempo, gran depredador.

Sueña un mes con la Puerta Roja abierta, con una sonrisa en unos labios amables. Sueña que lleva ropa fina y perfumada y que no le preocupa el paso del tiempo; sueña que no persigue nada, que todo está en su preciso lugar.

Sueña con un hombre moreno con cabeza de perro negro, orejas afiladas y ojos astutos y hambrientos. La figura sostiene una balanza en su mano derecha; fabricada de sólido y antiguo cobre, tiene una pluma en uno de sus platos. El Hombre no sabe si es la balanza de la justicia o la balanza del sacrificio, pero es, en cualquier caso, ineludible.

La cabeza de perro asiente y señala, con su mano humana, el otro plato de la balanza. “Una libra de carne”. No toda la carne es igual de valiosa.

El Carnicero, que ya ha cometido su pecado, es El Leproso. Su carne se desmigaja entre las manos, inasible y granulosa. Cae al suelo, se deshace y se acumula en pequeñas e inmundas pilas. El Leproso las recoge y amontona en el plato de la balanza, que nunca está lleno.

Cuando al Leproso no le queda nada más que ofrecer, ya que su carne es porosa y sus vísceras son vacías y livianas, el Perro aúlla, como una bestia, como una burla, porque la pluma es más pesada y el precio permanece sin pagar. El Leproso deposita en la balanza su única riqueza, su corazón miserable y cansado, los platos se equilibran. Las uñas del Hombre crecen; son garras negras de animal. El Perro indica un punto en el cielo; una estrella roja; roja como la Puerta. Por fin el Hombre consigue despertar.

Después de la comida viene siempre el vómito. El Hombre deseaba comerse al Herbívoro sólo por el placer de vomitarle. Los ojos le lagrimean, se enrojecen; el estómago convulsiona y se hincha, regurgitando todo su contenido, que es baboso y amarillo como una larva recién nacida. Entonces, por fin se siente satisfecho, renovado y empieza su viaje hacia la Puerta.

Al principio, la Puerta no le interesaba. Fue el tiempo quien abrió esa herida y le apretó alrededor del cuello la correa que él nunca había reparado llevar, pero que estaba ahí desde su nacimiento.

El cansancio infinito de Este Lado le ha erosionado hasta desfigurarle, y ya es demasiado

viejo para creer en el “más adelante”. Ese lugar ya no existe; lo que hubiera debido pasar no ha ocurrido y ya es improbable que ocurra. Debe conseguirlo ahora; superar las oportunidades abandonadas y renunciar a las habilidades perdidas y al tiempo que ha pasado. Todo es irreparable. Cada año le empuja hacia delante y ante él no hay nada. Antes, eso no le importaba, ahora le pesa cada fracaso.

El Hombre debe continuar, seguir la estrella roja y volver a casa. Es un camino difícil, porque el Hombre ya no es uno, sino múltiples y la carga es pesada.

Hubiese elegido ser un animal antes que un humano.

Hubiera preferido ser un insecto que un animal.

Hubiese escogido ser una planta antes que un insecto. El Hombre arrastra la conciencia como un condenado su cadena, más insoportable cada día. Es la maldición a la raza humana de un dios sabio y despiadado, un castigo antiguo que tiene muchos nombres. Unos lo llaman libertad, otros desamparo. El Hombre no debe desesperarse; al fin y al cabo, podría matarse en cualquier momento y descansar.

Las piernas en el lodo y la mirada fija en el cielo, persiguiendo un punto en el horizonte; así es como pasan las semanas hasta llegar a la Puerta, con el viento en contra y el aire envenenado de lamentos.

La Puerta se alza, invicta, al final del viaje. Heroicamente roja, casi imposible. El Hombre se aproxima y la mira con ojos suplicantes; qué más debo hacer, si ya no me queda nada. La Puerta se abre, es el inicio de la vida, el día de su nacimiento. El Hombre siente que recupera su corazón y su carne, que se despide del Carnicero, que olvida al Leproso. Que abandona el viaje y sus miserias, que abraza la conciencia como dos hermanos que se reconcilian, después de muchos años. La Puerta se abre y puede por fin oír la música, todo ha valido la pena.

Cruza el umbral como un enamorado, respirando el aroma dulce del aire, admirando el resplandor dorado de la habitación.

Al entrar, cierra con fuerza la Puerta; asegura todos los pestillos, da tres vueltas a los cerrojos, cuelga todas las cadenas. Cuando termina, vuelve a revisarlos. Nadie más debe poder pasar. Ha escapado al fin, libre de los miserables y su enfermedad y no volverán a encontrarle. Les ha dejado atrás.

La estancia huele a lavanda suave, es un olor huidizo y sutil. Con la Puerta cerrada, el Hombre al fin puede incorporarse a la fiesta, donde realmente pertenece. Las voces y los sonidos sueñan cercanos, al alcance de la mano, pero el Hombre aún no ha encontrado a nadie; la estancia está vacía. Es la entrada de una casa magnífica y el Hombre es su invitado.

Pasea por los tres pisos como un fantasma, recorriendo habitaciones desiertas. Mesas preparadas para un banquete, vestidos aún calientes abandonados en un rincón y espejos que todavía retienen el reflejo de una hermosa fiesta; la casa parece el escenario de una apresurada huida, con nubes de palabras lloviendo sobre los espacios vacíos. El Hombre cambia su ropa, saborea los canapés y duerme en un delicado diván de seda verde, esperando el regreso de los

demás.

La espera es dilatada e impaciente, diez días como diez aldabazos resuenan en el eco de la casa abandonada. Ahora es el tiempo de la desazón.

El Hombre decide iniciar la búsqueda, no puede aguardar más y escruta las habitaciones de nuevo, buscando el origen del olor a lavanda y de la música que no ha dejado de escuchar y que parece tocada por espectros.

Termina de nuevo en la primera habitación, rastreando las voces como un perro sediento. Detrás de una cortina tupida de terciopelo azul, en la que no había reparado el día que logró entrar, el Hombre encuentra una nueva Puerta roja. Detrás de ella, se oyen con mayor claridad las risas y las conversaciones.

El Hombre llama a la Puerta y toma asiento, esperando que se abra. Es el tiempo de la esperanza. Cinco días transcurren sin respuesta, y después otros cuatro. El noveno día, el Hombre pateo y grita y suplica, sin que nadie conteste a su llamada, sin que ni un alma le oiga. Su voz está sola en mitad del silencio. Las semanas pasan y el tiempo se aplana y se estira; no hay sol ni luna en la casa, sólo el tenue y omnipresente resplandor dorado.

Están todos tras la Puerta, piensa el Hombre, y no quieren dejarme pasar. Es la fiesta de los afortunados y debo estar en ella. Llega el tiempo de la cólera; pasa las horas observando la Puerta Roja con ojos de animal famélico.

Los meses se han escurrido entre las manos del Hombre, que sigue vigilando la Puerta. No ha sido suficiente, lo que he hecho hasta ahora no ha sido nada, no van a abrirme la segunda Puerta.

A sus espaldas, algo se ha movido con el caminar leve y callado de las criaturas frágiles. El Hombre desvía un momento la mirada y ve al Niño, que a su vez le observa con desconfianza. Es pálido y delgado, apenas una sombra, y está solo, como todos los demás y como él mismo. El Hombre le mira con los ojos del Carnicero.

ÁNGELA M.

Abogada de profesión, escritora por vocación. Desde la infancia los libros y las historias han estado en el centro de su vida. Ha publicado en algunas antologías y colabora en revistas españolas como reseñista y articulista.

CENTRO DE PREVENCIÓN ONÍRICA

El doctor estaba bajando del auto. Llevaba consigo un montón de papeles en un idioma que apenas entendía o quería entender. Paso por las oficinas apresurado, con el montón de papeles a punto de caer. Todos se impresionaron al verlo pasar. Alto, como era, caminaba con la espalda encorvada, escuchando a uno de los tantos expertos que lo acompañaban. Le explicaba lo que había venido a ver: Muskuy

Varias semanas pasó frente a papeles y libros. Su convicción y disciplina era algo que pocos habían visto en el centro. Era ese tipo de trabajador que nunca paraba, con una atención minuciosa hacía cada detalle y sumamente curioso. Le llevó pocas semanas aprender a hablar un español decente. Pasó de no saludar, a desear buenos días con su marcado acento gringo. Ya no requería de un traductor, cosa que alegró al investigador que pasó semanas de arduo trabajo y preguntas sin fin. Cada archivo que salía, cada lectura de un sueño, cada anomalía onírica pasaba por él. Las definiciones ya se las había aprendido al derecho y al revés, tanto que podía sacar rápidas conclusiones sobre los últimos sueños registrados.

Una noche un chico soñó con que se lesionó el tobillo. Los detalles del sueño no eran claros y el chico solo recordaba el dolor punzante del tobillo, todo adornado por imágenes borrosas difíciles de descifrar. Esa noche se había reunido un equipo, pues los sueños en donde alguien se hace daño suelen ser fatales, para interpretar el sueño. Una combinación de colores y sonidos indicaba que pronto pasaría algo al sur del continente americano. El tobillo solo era una pequeña indicación, un suceso que hizo pensar, en un principio a los investigadores, que el incidente era de gravedad, pero el doctor no se inmuto. Alzó la mano y pidió tranquilidad en el equipo. “No hay de que preocuparse”, dijo en un español casi perfecto, el equipo pareció tranquilizarse. “No hay nada peor para el trabajo que mentes alteradas y llenas de ansiedad”. A pesar de la atención inmediata que requería el asunto del sueño, se tomó el tiempo para pedir a cada investigador que tomara una bocanada de aire profundo.

A las 4:15 de la madrugada había sacado una conclusión: en unas cuantas horas habrá un terremoto de epicentro en el océano pacífico, cerca de la costa de Chile. A pesar de tener su origen en el océano, y según el sueño, causará daños de medianas proporciones a las riberas chilenas, por lo que se recomienda la pronta evacuación de las poblaciones costeras del país. Más tarde ese día, una ronda de aplausos en el centro de precaución onírica daría la certeza de un trabajo bien realizado.

Se habían salvado innumerables vidas gracias a un correo que el doctor había mandado al ministerio de riesgos del país, una carta tan llena de detalles que se había topado con el escepticismo de los políticos y funcionarios de turno. Minutos después de mandarse el correo, el Centro de Prevención Onírica recibió una respuesta en que se tachaba la carta de alarmista y poco

científica. “El determinar un fenómeno natural de tales magnitudes mediante un sueño es un acto del menor profesionalismo”, decía en su párrafo final. Poco después, un pequeño sismo, en el océano pacífico, alarmaría a las autoridades, comenzando un plan de evacuación inmediato.

Después de ese altercado, el Centro de Prevención Onírica se hizo de un prestigio enorme. Se comenzó una tarea gigantesca por recopilar la mayor cantidad de sueños posibles y desde todas las partes del mundo se recibían llamadas, correos, tuits y mensajes en todas las redes sociales de personas que pensaban que su sueño anunciaba un evento apocalíptico. Poco a poco se fue dando cuenta el doctor que no todos los sueños funcionaban como vehículos para la interpretación. En una reunión explicó a sus compañeros, junto con un mapa del mundo, que la mayoría de continentes y países eran incapaces de tener sueños premonitorios. Fue tachando estados de estados unidos, varias provincias de México, casi toda Europa quedó descartada. Solo América del sur quedaba completamente limpia. Por las estadísticas, países como Colombia, Venezuela, Perú y Ecuador tenían los sueños más acertados al momento de abordar una interpretación. Otra plantilla presentaba, por provincias, los lugares con más índice de aciertos. En Argentina y Chile, a pesar de que tenían un gran porcentaje de aciertos, no llegaba a compararse con los de los países anteriores.

Así el doctor comenzó un programa, humilde en su centro. Se pagaría por cada sueño que tuviera un gran porcentaje de compatibilidad. Es decir: que de algún tipo de resultado.

El Centro de Prevención Onírica comenzaría a ganarse fama. Ya había prevenido varios desastres naturales, como sociales, en la región y el mundo. Varios países invertían cantidades millonarias para que pudieran prevenirse manifestaciones de gran calibre o para saber la repercusión de ciertas políticas.

Las manifestaciones en Brazil, por políticas que empobrecen a los sectores más vulnerables de la sociedad, habían sido aniquiladas gracias a un sueño donde un niño lloraba en un arenero lleno de lodo. Se habían colocado estratégicamente millares de policías armados en los barrios que el sueño vagamente indicaba. Miles de vehículos antidisturbios preparados en las aceras cercanas, como animales listos para enterrar los dientes a su presa. Varios sueños habían llegado en donde se predecía la muerte de muchas personas en esas mismas regiones, el doctor decidió, después del proceso de interpretación, que sería mejor omitir esos sueños.

Gente fue evacuada de la sierra alta de países como Colombia y Ecuador, debido a los inviernos cada vez más agresivos, por un sueño donde un par de botas blancas se mojaban bajo la lluvia. En las noticias locales salía el nuevo triunfo del Centro de Prevención Onírica.

Una mañana llegó un correo con un sueño que intrigó al doctor. Los métodos de interpretación parecían indicar un evento trágico, pero cercano. Los primeros días pensó que el centro sería el foco de algún ataque, pero los sueños indicaban todo lo contrario. Se podía determinar una sola víctima. El sueño estaba lleno de contradicciones, lleno de imprecisos que no lograron

esclarecer dentro de los procesos de interpretación. Un fenómeno nuevo acababa de aparecer, pensó el doctor, un sueño que es incapaz de interpretación coherente.

El hecho de que indicaba al Centro de Prevención Onírica como objetivo de un evento catastrófico lo mantuvo preocupado y firme en el trabajo. Noches enteras en las máquinas de interpretación, en los diccionarios de sueños (hechos, distribuidos y vendidos por ellos) que abundaban en los libreros del centro. Nada. Cada elemento contradecía al otro en un juego que parecía estar hecho solo para torturarlo, pero no podía parar. Redefinió algunos de los conceptos que parecían no concordar con la lógica del sueño, lo que le llevó a múltiples peleas con los investigadores. Configuró nuevas lecturas, nuevos métodos de observación y nada. El sueño era impredecible y mientras más pasaba el tiempo, menos oportunidad de saber qué evento atacaría al Centro de Prevención Onírica. Cansado, una noche decidió descansar en su escritorio. Junto a una taza de café, trataba de alejar su mente del sueño imposible. La imposibilidad de su lectura había drenado toda su energía y le era imposible seguir. Un sorbo más de café y sus ojos volvían a las gráficas del sueño, a los porcentajes, a los miles de resultados contradictorios que había lanzado la máquina.

La imagen era de una simplicidad enorme: una carabina antigua descansaba sobre una mesa de madera. Sus partes metálicas, viejas y oxidadas, desentonaban con la madera que parecía recién producida, con un brillo solo comparable con lo recién nacido. Igual con la mesa de madera completamente nueva y llena de agujeros. Todo daba la impresión de ser nuevo y viejo, al mismo tiempo. Una contradicción tan simple que llegaba a carcomer la mente del doctor.

Él no lo sabía, pero alguien había entrado al Centro de Prevención Onírica. Se había abierto la puerta en silencio. Sabía que el Doctor estaba allí y no quería adelantar su llegada. Caminaba lento pero con decisión. Cada pisada no quería arruinar su presencia, pero tampoco quería tapar su confianza. Seguramente sabía de la cámara, que no le prestó importancia. Creo que hasta sabía que lo veían o lo verían después, porque él sabía a qué venía.

El intruso era el traductor. El que pasó semanas junto con el doctor descifrando significados de colores, elaborando mapas oníricos, decodificando símbolos. Era él quien se abría paso silenciosa y firmemente por los pasillos apagados del centro. Antes de llegar alistó algo que llevaba escondido. La luz de la oficina del doctor logró perfilar un arma vieja, casi oxidada. Imponente y sin remordimientos alzó el arma. Era el momento.

Su presencia fue una sorpresa grata para el doctor hasta que vio el arma. Sorprendido abrió los ojos. Seguramente trató de calmar al traductor, que apuntaba sin temblar al tembloroso y somnoliento doctor. Unas palabras salieron de su boca, un monólogo de villano que no pudo evitar escuchar el doctor. La indolencia del centro había cansado al traductor, que llevaba semanas viendo como los sueños de su gente eran atrapados, despedazados, para ser reutilizados como armas. “Lo de Brasil... lo de Brasil me abrió los ojos”, dijo.

El punto final tuvo el sonido del arma, que, con varias heridas en el tórax, acabó con la vida del doctor. Ahí, tirado en el suelo de su oficina, con los datos del último sueño que había estado estudiando en el escritorio, el traductor decidió esperar. Pronto llegaría alguien alarmado por el sonido y lo vería a él y al doctor, dos hombres muertos, aunque no lo parezca.

Sin embargo, el Centro de Prevención Onírica nunca dejó de funcionar. Con sede en muchos países del mundo, sigue transformando los sueños en realidades.

SANTIAGO FALCONI

Vive en el país imaginario de Ecuador. Licenciado en Literatura, amante de los libros, videojuegos y todo lo que tenga que ver con historias. Se dedica a imaginar, mas no a escribirlas. Rara ocasión es cuando lo hace.

I

Fue difícil hallar un corazón, pero sobre todo a alguien a quien poder sacárselo rápido. Pensó que el mayor de los problemas estaba resuelto, aunque cuando vio al niño asomarse por la ventana, preguntando por su madre, cayó en cuenta de que no era así. Forjaba oído sordo a sus preguntas, el mocoso no dejaba de preguntar ¿cuándo se irían?, ¿por qué tardaban tanto?, ¿qué comerían al llegar? Vestía una gorrita de estilo francés, un overol de mezclilla y unos zapatitos blancos. Parecía un pequeño marinero esperando a zarpar. Al verlo, algunos recuerdos salieron a flote. Los de aquella etapa incomprensible que no le gustaba revivir, porque apenas y podía recordarla como una luz que se apagaba al ocultarse el sol.

De nuevo vino a su mente, aquella casa a las afueras, esos frascos semi vacíos con esencias, yerbas y partes cercenadas que aún pululaban sangre. Incluso el indescriptible olor impregnado en las paredes, en las ropas, en los muebles, como un escenario macabro, montado para secundar la aparición de ese extraño al que llamaba ‘padre’.

Se le revolvió el estómago de sólo pensarlo.

¿Cuánto había viajado desde entonces? ¿Cuántos años habían pasado? No importaba. A la mañana siguiente sería alguien más, un nuevo ser con una nueva forma y con una nueva vida. Solo eso, como siempre había sido.

La regla era sencilla: encontrar las partes, crear un sustituto, trasladarse a él, mantenerlo fresco y huir. Repetir el proceso cada vez que fuese necesario. Las leyes inamovibles con las que se conjuraba al extracto de la vida; una de la que siempre huía, desde niña, desde que los cuervos se llevaron a ese hombre bastardo que la había convertido en esto. Los mismos que ahora también la perseguían a ella. Quizá esa era la razón del porque jamás se quedaba tanto tiempo en un solo sitio. No tenía caso, ya que siempre terminaban encontrándola.

Según él, su vida era única entre el resto de los seres. ¿Por qué?, si no podía ni dormir en paz; tenía sueños horripilantes, donde ellos la alcanzaban y le hacían lo mismo que cuando se lo llevaron. ¿Para qué?, si odiaba tener que recolectar pedazos de carne, órganos, huesos; piezas humanas para sobrevivir. Una masacre tras otra, mutilación, pérdida de sangre, términos que no importaban mucho. ¿Por qué lo hacía? Ni siquiera ella era capaz de comprenderlo. Quizá quería vivir la normalidad, tocar las puertas y recibir jarrones llenos de flores; y no de pedazos batidos de cerebros medio vivos.

¿Sabían que el cerebro no muere? Solo las manos determinan cuando deja de auspicar la comprensión mecánica, que en automático responde y guía a todo el cuerpo.

El niño volvió a preguntar por qué tardaban tanto, qué comerían, si faltaba mucho para re-

gresar a casa. Esta vez Matilda no hizo oído sordo y le respondió que ya casi terminaban, que su madre era excelente cambiando neumáticos. El pequeño rio de forma cómplice, sin saber nada de lo que estaba ocurriendo en el auto del otro lado.

Había elegido el lugar de forma estratégica, en el que cruzaban entre un punto medio a la orilla de la carretera y las entrañas del bosque. Un niño acompañaba a esa amable mujer que la escuchó sin pestañear.

La inocencia mata con el mismo silencio que lo hace el miedo.

Su padre alguna vez se lo dijo, mientras le arrancaba el brazo o alguna otra extremidad. No debes ser inocente, Matilda, ni tener miedo. Por la morfina, ella apenas podía entender esas palabras, atinar un balbuceo, distinguir los instrumentos, sentirse a sí misma. Cuando terminaba, los días en cama se hacían igual de largos que las lecturas y divergencias de él, que divagaba sobre porque, al crear el acto de narrar para romper con los límites del cuerpo, el lenguaje y sus tiempos, también se avanzaba con la cura para todos los males humanos. Ni él mismo se daba a entender, pero siempre terminaba con un ¿lo entiendes, no, querida?, yo lograré que no tengas miedo nunca más, o con esto es algo que pocos pueden hacer, que pocos podrán entender y yo lo hago por tu bien, porque me preocupa tu futuro, y así, completaba ese retorcido monólogo como su débil y desgastado cuerpo le permitían hacerlo.

Viejo de mierda – pensó Matilda, en voz alta, sin miedo a que la escuchara el pequeño marinerito, que efectivamente jugaba con un pequeño barquito color amarillo, mientras rechinaba los ruidos que hace el motor en alta mar.

II

Estaba dispuesta a llevar a cabo su cometido como fuera y no iba a dar marcha atrás por un esquinclé que probablemente ni siquiera sabía limpiarse el culo. No quería culparlo, pues ni ella lo hacía bien a veces, más cuando los dedos se le desgastaban y tenía que conseguir otros rápido. Aunque no pudo evitar sentir pena por él, la consolaba decirse para sus adentros, que algún día ese costal de pañales come mamilas sin fondo, crecería y lo entendería.

La mujer no venía sola y ella se había confiado, o quizá precipitado para llevar el proceso al siguiente nivel. La situación ya no implicaba solo dormir un cuerpo y extraerle lo que necesitaba, pues hasta ahora, ese método le resultaba efectivo. Esta vez iba en serio lo de jugárselas contra el instante que separa a la vida de la muerte. De nuevo un hilo de recuerdos, de nuevo protagonizado por ese maldito loco y su voz de locutor cuya radio estática sonaba aunque solo ella la escuchara.

Solo ella, ella y solo ella, la sangre en sus oídos, solo eso, ese sonido de cajas arrastrándose, de cristales que como deseos invadían el himno de sus días. Momentos donde pensaba sobre su

condición, que sin hacerla darse cuenta, la volvían más grande y corpulenta cada día, más grande y extraña. Más algo incomprensible y voraz que Matilda. Maldita Matilda, una niña que solo ansiaba el calor de los abrazos en vez de los desnudos forzados.

Matilda, fue tu madre. Ella nos delató, nos entregó a ellos. Tenemos que huir, Matilda. Desde entonces las paradas eran interminables, gasolineras, casas abandonadas, estado tras estado. Ni maletas, ni dulces abundantes, ni largas horas de televisión o muñecas bonitas. Nada de escuelas, ni amigas, ni faldas, papeletas con garabatos u hojas cubiertas de grafito. Por supuesto, ninguna señal de que su madre estuviese a punto de encontrarla. De salvarla.

Pero si eso ocurriera un día, ¿sería capaz de reconocerla?, ¿vería sus labios sucios y dejaría que tocaran sus mejillas? Cuando solía mirarse al espejo, revisaba cada palpito en su piel, cada nueva cicatriz. Cada parte nueva, los lunares e imperfecciones de las personas que ahora le acompañaban como una sombra de sueño oscuro, esas que en ocasiones también le hablaban.

Comenzaba a oscurecer, pero no fue eso lo que la sacó de sus pensamientos. Las luces de una patrulla que perseguían a otro auto se veían a lo lejos. No se inmutó. En todos sus años ni una sola autoridad pudo encontrarla, ninguna pensó alguna vez en perseguirla. Mucho menos, en adornar los postes de las calles con alguna foto antigua de como alguna vez lució su rostro; y así ayudarse a recordar al menos el golpe que le había dejado chueca la nariz. ¿Por qué lo harían ahora? Para ellos, un cadáver más es una preocupación menos.

Dicho tal cual, la patrulla pasó a toda velocidad, alejándose como en una de esas películas apresuradas de detectives. La sirena iluminó por unos instantes el corte que había hecho en el pecho de aquella madre de familia, difuminó su mirada vacía, que apuntaba al frasco donde había depositado en automático el corazón naciente de la carmesí otoñal que abreviaba el aliento helado de su acto. Las venas aún se retorcían, buscando desesperadamente aferrarse a algo.

Limpió sus manos de nuevo, guardó su trapo en el maletín, junto al órgano. Comenzó a caminar de espaldas cuando el pitido del auto donde se encontraba el niño la asustó.

- ¿Qué mierda? – quiso dirigirle, pero vio como el bribón solo parloteaba y aplaudía con cada claxon que picoteaban sus manitas.

Se acercó a donde estaba, abrió la puerta del copiloto y le dedicó una sonrisa. Encendió las luces.

- Listo, así no tardarán en encontrarte.
- ¿Y mamá? – dijo el marinerito.
- Ya viene, ya viene, solo está regresando todo en su lugar.

Retomó su dirección hacia la negrura de los árboles. El aroma a hojas caídas recién empañadas en la tierra relajó sus músculos. Incluso logró que el dolor de espalda cesara unos instantes. Unos instantes... Un llorido la detuvo. Las lágrimas que el infante derramaba en todas las direcciones que el sonido permitía.

¿Qué era ese extraño sentimiento que la estaba abordando? ¿Una revelación de lo materno? ¿La distancia de lo incomprendido cuando se hace más pequeña? ¿Un sentido de la responsabilidad que prioriza más las culpas que las calmas? El niño gritaba el nombre, gritaba porque no le respondía, porque el cinturón no le permitía acomodarse para ver la otra mitad de su madre, que solo asomaba los pies desde su perspectiva. ¿Se habrá quedado dormida? Quizá es lo que pensaba desde sus recuerdos, desde esa humedad que entumecía una expresión desesperada llena de mocos y mejillas chapeteadas. Pero mamá nunca se queda dormida, por eso es la mamá, porque no puede quedarse dormida. No debe.

No puede.

Las sílabas de ese nombre limpio, puro. Ahora muerto.

III

La catarsis sucedió. Prefería eso a seguir aguantando el lloriqueo, que en el bosque azotaba peor sus ecos. Al menos ahora ambos tenían algo en común y eso hacía menos incómodo ese sexto sentido intacto que despertaba entre sus pupilas, al congeniar una experiencia que en unos años podría fecundar solo trivialidades. Él no recordaría lo que sucedió tal cual.

- ¿Y mi mamá? – volvió a confrontar el marinerito

- Ella... Nos alcanzará en el auto más tarde.

- ¿De verdad? – como por arte de magia, las lágrimas cesaron, dejando en su lugar, un tono positivo y bobo.

- Si, de verdad. Ven, vamos a adelantarnos en lo que termina, dijo que te traería algo más tarde si te portabas bien conmigo.

- ¿Puedo traer mi barquito?

- No podría decirle que no a esas mejillas preciosas.

Ríe con la torpeza e inocencia que debe hacerlo. Los niños, las almas más cercanas a la verdad, y a la vez las que más se acercan al vacío de lo perverso.

- Al final somos almas que dependen de un cuerpo vacío. Sin él, no podríamos lograr nada. Existiríamos como una precipitación mal lograda ante el clamor de la naturaleza. Lo entiendes, ¿verdad? ¿Pequeño marinerito?

- No soy marinerito, me llamo Sebastián y prefiero los piratas ¡Arrgh!

- Y hasta sabes presentarte. Tu madre te enseñó muy bien.

Sacó al pequeño por la ventana, lo cargó con ternura y le tapó los ojos con una venda limpia que cargaba en el bolsillo de su abrigo, para que no viera la indescriptible silueta seca de su madre, ni el hilillo que le escurría por la boca y manchaba los dientes, ahora rubies aperlados. Sintió que a partir de ahora, esto sería parte de su lema también, de su idioma. De ese misterio

cuyo único indicio, la estaba impulsando para creer que había una razón por perseguir, una que firmemente la convenciera de no pudrirse nunca más. Sebastián lo entendería.

Lo hará, tendrá que hacerlo.

Caminó con él en dirección al bosque, sin dejar de contarle al ahora pirata Sebastián, la historia de cómo unos cuervos invitaron a su padre a tomar el té con ellos hasta que un día, de verdad no regresó.

Los mismos que sonaban como carroña fresca a sus espaldas y se esconderían en ese vestido de flores que consideró llevarse también antes de obtener lo que necesitaba.

Algo nuevo, sí. Pensó Matilda.

ERIK CARRILLO PEREZ

Nació en el mismo pueblo que José Alfredo Jiménez, Dolores Hidalgo C.I.N., pero en el año de 1988. Estudiante de la licenciatura de letras españolas en la Universidad de Guanajuato. Le gusta escribir y sus principales intereses giran en torno a los temas del horror, terror, fantástico y lo weird. Sin embargo, piensa que la cocina se le dá mejor que otras cosas. Al igual que sus grandes maestros del horror, afirma que las sombras fueron quienes crearon la tierra, que el mundo tiene la forma de una tortuga y que Guillermo del Toro debería ser postulado para presidente del universo.

UN FEROS RESPLANDOR

I

Volvía a casa después de un agotador día de clases. Ya era otoño, así que a eso de las siete el cielo casi anochecido ya dejaba ver un buen número de estrellas. Caminaba algo lento por la acera de la avenida principal en dirección a mi casa. Aquel día en que salía más tarde, prefería caminar las once cuadras que separaban la universidad de mi hogar antes que tomar un bus atestado de pasajeros. Era la hora en que muchos al igual que yo regresaban de sus quehaceres.

Las calles como siempre a aquella hora también se mostraban muy transitadas, tanto por los peatones como por los vehículos que con sus luces iluminaban la avenida hasta la lejanía. Como de costumbre iba absorto en mis pensamientos, observando todo a mí alrededor, sin realmente mirar, y aunque a veces algún bocinazo o un hecho en particular me sacaran violentamente de ese ensimismamiento, nada podría compararse con lo que me despabiló aquella tarde mientras anochecía.

Fue esa luz potente que cruzó el cielo a toda velocidad, de oriente a poniente, y unos segundos después su regreso junto a una segunda, lo que borró de mi mente todos los pensamientos que me abstraían. Cruzando el cielo de par en par, las dos luces regresaron al poniente desapareciendo detrás de los edificios. No muchos parecieron notar aquella aparición; pasaba en ese mismo momento al lado de un paradero del autobús y de la veintena de personas que allí esperaban, quizás solo dos o tres miraban hacia arriba sorprendidos y extrañados, por lo que había acontecido. Me detuve, levante mi rostro y mire hacia el horizonte de edificios como esperando que aquellas luces aparecieran nuevamente. Cuán grande fue mi sorpresa al ver que regresaban, esta vez más lentamente y con un brillo aún mayor.

Fue ahí cuando del asombro pase al miedo, más aún al notar que sobre aquellas luces se reflejaba tenuemente una forma que distaba mucho de ser un avión o un helicóptero. Quizás pudiese describirlo como un boomerang donde la parte más cercana a la fuente de la luz resplandecía en una tonalidad rojiza. Esta vez las luces prácticamente se detuvieron justo arriba mío, se alejaron un poco la una de la otra y posicionándose, en extremos opuestos, comenzaron a moverse dibujando un círculo imaginario entre las dos. Miré brevemente hacia el paradero y vi que ahora todos miraban el espectáculo que se producía en las alturas; dos mujeres con sus manos sobre sus bocas no podían esconder su asombro, y calle abajo se podían divisar una gran cantidad de manos apuntando hacia el cielo justo donde aquellas extrañas luces giraban sin cesar.

Me pregunté, cuál sería el sentido de girar y girar allá arriba en el cielo y en tanto miraba, noté que justo en el medio de aquel círculo imaginario, había una estrella anaranjada que aún

se mostraba tenue en la oscuridad crepuscular. Daba la impresión de que aquellas dos luces giraban en torno a la estrella, con el fin de presentarla a todos los que estábamos aquí abajo, observando perplejos lo que sucedía. Advertí que aquella luz diminuta comenzaba a aumentar su brillo. De ser una pequeña y tenue estrella, ahora se volvía un lucero radiante que incluso parecía desprender rayos de fulgor entre esas dos luces que giraban velozmente.

Pocos segundos después, las luces se detuvieron y retomaron su posición original, para luego regresar al oriente y desaparecer en la distancia. Apenas les perdí el rastro, volví mi mirada a la estrella que había sido el centro de aquel extraño bailoteo circular. Fue ahí cuando el pavor se apoderó de mí y de muchos más. La estrella en ese momento ya no parecía serlo, el astro en los pocos segundos que le habíamos quitado la vista, aumentó su tamaño lo suficiente como para que uno se diera cuenta de que no era una estrella, si no que algo mayor a la vista, aunque muy pequeña, aún se podía percibir cómo iba creciendo acorde iban pasando los segundos. Poco a poco iban apareciendo algunas manchas sobre su superficie y el tono rojizo que emitía su luz se hacía más y más evidente. Todo pasaba muy rápido y el cuerpo circular no paraba de crecer. Ya igualaba con su tamaño a la luna, y luego definitivamente se plantaba en el firmamento como el objeto espacial más grande que alguna vez los humanos hayamos visto.

Llegado a ese punto ya no pude más, y de la misma manera en que cobardemente había rehuido afrontar la fuerza de algún fuerte temblor o terremoto en el pasado, —tapándome los oídos y saltando frenéticamente— esta vez baje mi cabeza, mire la acera e inicie una rápida caminata, evitando incluso mirar a los transeúntes. Temblando de miedo y sumido en la angustia hubiese deseado no haber olvidado mis auriculares ese día. No era de mucha utilidad intentar evitar el fenómeno que se estaba dando en el cielo si podía escuchar gritos y lloriqueos a mí alrededor. De haberlos traído habría puesto alguna de mis canciones favoritas al máximo del volumen tolerable, para así caminar rápido e ignorar el caos que empezaba a producirse por aquel extraordinario acontecimiento cósmico.

Acuartelado en mí mismo y con la cabeza gacha, anduve rápido y nervioso casi tres cuartas, hasta que comencé a percibir como el piso de la acera se hacía más claro. Pensado lo peor, mire el viejo edificio de oficinas que se elevaba justo al frente. Siempre oscuro y lúgubre a esa hora en otoño. Ahora resplandecía en un leve tono rojizo. Impactado por la escena ya no pude más y volví a mirar hacia arriba. ¡Mi asombro y pavor fueron absolutos!

Plantado en el firmamento, inmenso y escalofriante brillaba con toda su magnitud el planeta Marte. Lo había visto muchas veces antes en algún video o en fotografías. No cabía duda de que era Marte y ahora estaba ahí frente a todos nosotros, ocupando una gran extensión del cielo, se veía tan cercano que podíamos percibir todos los detalles de su geografía. Cientos de cráteres en su parte inferior, lo que parecía un inmenso desierto en su parte media, y hacia el polo norte un tenue manto de nubes casi transparentes. La ciudad brillaba bajo un resplandor mucho más

potente que el que produce la luna, y el contraste entre los edificios resplandecientes y la negrura del firmamento causaba asombro y miedo. La escena era increíble; pero ante tal extraño e ilógico evento, mi mente y la de todo el resto parecían desbordarse en nerviosismo, pensamientos y preguntas. Hace menos de veinte minutos el mundo era un lugar donde reinaba la lógica, las leyes físicas y la normalidad. Ahora en un abrir y cerrar de ojos, el mundo se había vuelto un lugar extraño y estrambótico. Por un instante el silencio ensordecedor se apoderó de la ciudad, solo sentíamos la brisa en nuestros rostros mientras observábamos casi hipnotizados un planeta que se robaba casi tres cuartas parte del cielo, y que parecía disfrutar de nuestro asombro. Luego todos comenzamos a correr y la confusión invadió todos los rincones de la ciudad.

II

—Llegó más temprano mijito— exclamó mi abuela al verme entrar apresuradamente por la puerta.

—Si abuelita, es que hoy el profesor nos despachó antes.

—Le voy a servir la cena ahora mismo mijito.

Al cruzar el living con rumbo a mi habitación comprendí que lo que menos deseaba era poner algún alimento dentro de mi boca. Mis manos temblaban y probablemente todos los músculos de mi cuerpo incluyendo los del estómago. Sentía un gran malestar y las náuseas eran inminentes, pero aun así no fui capaz de rechazar la invitación de mi abuela. En primer lugar porque me sentía sin fuerzas para rechazarla, y lo otro porque no quería que se percatara de mi extrema preocupación y por supuesto de lo que estaba aconteciendo fuera de la casa. Mi abuela ya rondaba los ochenta años, sufría de hipertensión y problemas en la tiroides. Yo sabía que la insensatez que estaba ocurriendo en los cielos podría ser demasiado para ella y aunque algo así no puede esconderse por mucho tiempo, yo prolongaría su desconocimiento lo más que fuera posible.

Me senté a la mesa fingiendo calma. Observaba a mi abuela llenando la mesa con todos los elementos necesarios para que yo tuviese esta merienda. Lo hacía lentamente pero con gracia y satisfacción. Al venirme a vivir con ella, muchas veces insistí en ayudarle o incluso preparar yo mismo las cosas, pero la señora era tozuda. Solo cuando sus enfermedades la tumbaban en la cama, yo tenía la oportunidad de entrar en su cocina y preparar algo para mí o para ella. Algunas veces los achaques la doblegaban e inmovilizaban, sin embargo hacía varias semanas se encontraba bien de salud.

—Voy a encender la tele mijito— dijo antes de regresar a la cocina para traer la tetera. —¡No abuelita!— por poco salto de la silla—. Hoy vimos muchos videos en clase y tengo la vista cansada, si no le molesta por ahora preferiría no ver televisión.

—¿No estará con problemas a la vista? Quizás no sería mala idea que fuera al oculista—señalo con un poco de preocupación.

—No abuelita, veo muy bien. Es solo que me canse de mirar tanto la pantalla.

De regreso a su cocina advertí que me encontraba un poco más tranquilo. Mire el televisor apagado y me pregunté si ya todos los canales estarían con las noticias de último minuto cubriendo el suceso. Presté atención a los ruidos de la calle, y me llamó la atención no notar nada peculiar en el ambiente, incluso alcanzaba a escuchar el tráfico de la avenida a un par de cuadras. Habría esperado percibir uno que otro grito, voces prendidas y expresiones de alarma. Gente corriendo por la calle o autos avanzando a toda velocidad frente a la casa. Pero nada, la calle parecía estar tan tranquila como siempre.

Fue entonces cuando comencé a tener una serie de pensamientos y una pequeña luz de optimismo se plasmó sobre mis miedos. ¿No sería todo producto de mi imaginación? El día había sido muy agotador y además en la familia había una tía que se pasó una temporada en el manicomio, por sufrir de alucinaciones en un periodo muy difícil de su vida. Habría preferido volverme loco y así evitarle al mundo la catástrofe que parecía avecinarse. Pero no, aquello había sido demasiado real para tratarse de locura. Está bien ver fantasmas o monstruos en una alucinación —como los que había visto alguna vez la tía de que hable— pero no un planeta amenazante a quizás unos cuantos pocos miles de kilómetros de la tierra, y a toda esa gente atemorizada que no paraba de mirar el cielo mientras me dirigía raudo hacia mi casa. No, eso no podía tratarse de locura, pero si tal vez un de un hecho explicable. Recordé todas esas historias que había visto o leído sobre el proyecto HAARP, y su influencia sobre el comportamiento de la atmósfera y hasta el clima a nivel mundial, me pregunté si esto no podría tratarse de algún tipo de proyección holográfica realizada por alguna potencia mundial con algún fin en específico. Si, debía tratarse de eso o algo parecido, quizás esto no era nada más que el inicio del nuevo orden mundial del cual tantas teorías conspirativas se habían referido. Lo más lógico era que a través del terror y el miedo algún poder secreto ya se estuviera aprestando para tomar el control de la humanidad, y no el hecho absurdo de que un planeta distante a más de doscientos millones de kilómetros rompiera con las leyes físicas y astronómicas para acercarse peligrosamente hasta la tierra.

Absorto en todos estos pensamientos una voz interna se dejó escuchar en alguna parte profunda de mi mente, con una interrogante de la cual fui medianamente consciente. ¿Y si esto no fuera más que un sueño? Seguí sentado esperando el último viaje de mi abuela para comenzar a comer mientras plantaba mi vista en el televisor apagado justo frente a la mesa. Casi podía ver el noticiario mostrando a un sinfín de periodistas cubriendo el acontecimiento desde distintos puntos de la ciudad. Sentí el impulso de mirar hacia el techo desde donde colgaba la ampolleta que iluminaba moderadamente la mesa, y como un efímero rayo de luz, la misma pregunta volvió a surcar mis pensamientos. ¿Y si esto no fuera más que un sueño? Seguí mirando hacia arri-

ba. Durante algunos segundos y sentí que mi vista se nublaba al perder la definición de muchos de los detalles que recubrían el viejo y malgastado cielo de la habitación. Sin albergar ningún tipo de preocupación, baje mi rostro lentamente, y embriagado de no sé qué, pude contemplar la mesa lista y a mi abuela dirigiéndose hacia su sofá mientras decía algunas palabras que no alcanzaba a percibir. Parecía como si de pronto el tiempo hubiese comenzado a retardarse. La sensación a pesar de ser extraña era agradable, poco a poco el comedor comenzó a oscurecerse y la voz de mi abuela a perderse en la distancia. Comenzaba a diluirme en una oscuridad serena y a olvidar todos los temores que ocupaban mi mente. Había desaparecido, ya no existía. La nada se había apoderado de mí.

—¡Mijito, mijito!— escuche repentinamente los gritos de mi abuela y note como sus manos sacudían mis hombros.

—Estoy bien abuelita, parece que me quedé dormido— señalé tranquilamente, mientras sentía como si hubiese despertado de una larga siesta.

—No mijito, usted se desmayó. Yo vi cómo se desplomó sobre la mesa. Mire la taza. ¡Derramó todo el té sobre la mesa! —Exclamó mi abuela algo alterada.

Efectivamente el líquido marrón se extendía sobre la mesa y tuve suerte de no haberme quemado. Al parecer todo había ocurrido hace solo unos segundos, ya que algunas partes del mantel humedecido aún emanaban un poco de vapor.

—No se preocupe en verdad estoy bien, de hecho siento como si hubiese dormido una larga y reponedora siesta.

Y además de bien me sentía feliz. Comprendí que todo había sido producto del excesivo cansancio que venía acumulando en el último tiempo. Pensé en lo curiosa que es la mente humana. En el cómo solo unos segundos podían parecer casi una eternidad en la ausencia de conciencia, y recordé haber leído que algunas personas sueñan al estar desmayadas. Respire profundo y me levante. Mi abuela ya había retirado el mantel, intenté ayudarle pero me pidió que me recostara en el sofá. Asentí, pero antes me dirigí hacia el televisor y lo encendí. Un canal, dos canales. Finalmente los cinco y en ninguno algún reporte de algo inusual. Me senté tranquilo y contemplé dichoso todo lo que sucedía a mí alrededor, aunque me consideraba un soñador. Esta vez amé la realidad y su normalidad.

Mientras miraba los comerciales que parecían nunca terminar pensaba en lo sorprendente que había sido aquel sueño que tuve durante mi desmayo. Me estremecí al recordar con claridad al gigantesco planeta rojo, plantado ahí en nuestro cielo. También a las extrañas luces que lo habían antecedido. Indiscutiblemente eso había sido una pesadilla y una de las buenas. Esas en que uno siente alegría al momento de despertar y corroborar que todo había sido tan solo producto de la mente. Mi abuela me miraba con preocupación mientras volvía a poner una taza sobre la mesa. Yo, más tranquilo, empezaba a recobrar el apetito.

Me senté a la mesa nuevamente, bebí un par de sorbos de té y comencé a comer uno de los panecillos que había en la panera. Curiosamente seguían dando comerciales. Alguien golpeó la puerta y mi abuela abrió. Era la vecina que acostumbraba venir a contar algún chisme o a pedir algo prestado. Algo hablaron frente a la casa y luego escuché la voz de mi abuela llamándome fuertemente desde la calle.

—¡Andrés, Andrés, venga rápido, apúrese!

Me levanté rápidamente y corrí hacia la puerta, al mirar hacia afuera vi los rostros de mi abuela y la vecina resplandeciendo en una luz cobriza mientras miraban el cielo con asombro e incredulidad. Instantáneamente sentí como si algo dentro de mí se derrumbara y al instante mi corazón comenzó a latir aceleradamente. Miré hacia arriba y mi impresión fue infinita. Una decena de luces se movían como luciérnagas en el firmamento, y justo arriba de estas y de nosotros se veía colosal, impactante y amenazador, el planeta Marte.

JAIME ANDRÉS SANTANA

Vive en San Felipe, una ciudad a 80 km de la capital de Chile. De profesión profesor y de espíritu, un creativo. Le gusta escribir canciones y melodías, dibujar y de vez en cuando hacer poesía.

FIBRA

“Así es como nos comunicamos con los habitantes de la ciudad hundida, llamémosla R’lyeh o el inconsciente colectivo. Y utiliza el cable de fibra óptica del cerebro reptil para transferir sus bits y... ‘bytes’1”. Peter Levenda, “The Dark Lord. H.P. Lovecraft, Kenneth Grant and the Typhonian Tradition to Magic”

Ya no te parecen tan lejanas las luces de Skanoleon.

La ciudad que se copia a sí misma se sigue expandiendo. Los ancianos del clan cuentan con mecánica nostalgia cómo en otro tiempo habían tenido permiso para vivir en el interior de las ciudades y cómo los inviernos nucleares les habían alejado de forma definitiva de ellas... porque las habían destruido. No importa cómo se narren las historias; vives en sus mismas ruinas, en un paisaje heredado que se extiende con la forma de un vertedero de metal, plástico y hormigón, constituido por los bloques de una civilización derretida, descompuesta, carcomida, un cementerio del progreso que alberga fósiles de dinosaurios arquitectónicos atravesados por enredaderas de alambres y cables, inestable, sucio y hostil: vuestro hogar.

Todo lo que ves y sientes es nuestro.

Respiras la herrumbre con un regusto a óxido y sangre en el paladar. El aire está cambiando. Los ancianos prosiguen su relato junto al fuego alimentado con chatarra mientras tú y tus compañeros hacéis vuestro turno de vigilancia y limpiáis vuestras armas. Formáis un perímetro alrededor del esqueleto de edificio con forma de colmillo que es la sede del consejo del clan. La cercanía de Skanoleon y el aumento de sus ataques han vuelto los turnos cada vez más largos. Sois cada vez menos y apenas dormís. Si te durmieras puede que acabaras por no diferenciar el sueño de la muerte. Te apoyas sobre la lanza de hueso de ratígrado y metal pensando que todo puede ser inútil. Las conversaciones del consejo te parecen ajenas. Siguen hablando del pasado, como una forma de entender el ahora, dicen. El mismo ahora que se os está escapando. Dicen que antes las ciudades se expandían para conseguir recursos, para robárselos a otros territorios y así asegurar su sustento. Pero vosotros no tenéis ningún tipo de recursos y a buen seguro a Skanoleon le sobran. Nunca has estado en una ciudad, pero conoces los mitos del clan sobre megalópolis, gobernadas por los mismos que habían iniciado las guerras y que se habían mantenido todo este tiempo fuera del alcance de sus devastadoras consecuencias. Auténticos santuarios de la tecnología que parecen haber decidido volver a dirigirse hacia el exterior. Pero, ¿por qué esa élite tecnocrática iba a atacaros, si no tenéis nada que puedan explotar? No están buscando recursos; están buscando espacio. Y eso explica la vertiginosa expansión de Skanoleon.

Podemos ir donde queramos.

1. Nota del autor: Juego de palabras intraducible con “bites” (que se pronuncia igual que “bytes” pero que significa “mordiscos”, en el inglés original).

Skanoleon. Otra vez los destellos en tus ojos. Sabes que no los produce el sol. Surgen de repente y van de arriba a abajo como un relámpago escalonado formado por nodos de colores que se refractan en tu córnea... o puede que más adentro. Vuelves a oír también las voces.

Escucha.

Subes arrastrándote a la cima del montículo de basura y miras por los prismáticos, para ver el horizonte que avanza caminando, porque eso es lo que es Skanoleon. La visión no llega a abarcarla y crece de forma exponencial cada día. Si se pudiera sobrevolar quizás llevaría semanas recorrerla en toda su longitud. Pero tú lo has hecho ya en sueños. Ya has visto sus venas hechas de materiales que no conoces, estructuras ondulantes que parecían intangibles, casi transparentes, su superficie extendiéndose como una gelatina viviente, creando una epidermis artificial sobre la carne de la tierra. Te recuerda a la placa de circuito que coges ahora del suelo. La resina de fibra de vidrio de su base se derrama sobre tu guante mientras se derrite por la acción del sol. Parece como si la basura, incapaz de hablar, hubiera elegido para expresarse este tipo de metáforas.

¿Y qué es la información?

Basura, siempre rodeándote. A través de ella se había producido el primer contacto con Skanoleon, cuando comenzaron a aparecer los drones arrojando los desperdicios procedentes de la ciudad. Basura sobre los escombros. Al menos escarbando entre ella se puede encontrar más víveres con los que aumentar la escasa oferta de sustento necesaria para asegurar la penosa existencia del clan. Un extraño maná involuntario, o no, nubes de cápsulas de residuos cubriendo el cielo en días puntuales. Lluvia. Ojalá lloviera. Agua. Algo que tampoco tenéis. El único líquido al alcance se saca de los restos de plásticos calentados durante horas al sol. Unas pocas gotas para todos. Ojalá lloviera y se derritiera el páramo. Pero hace años que no llueve. El sol ha evaporado la gelatina de la placa cuando vuelves a observarla, pero ahora una sombra creciente avanza oscureciendo su superficie. Te giras como un resorte, haciendo en el aire un arco completo con la lanza que corta en dos por el estómago al ratígrado que se abalanza sobre ti. Las dos secciones de su cuerpo caen lejos pero su sangre te ha bañado de pies a cabeza. Ha estado demasiado cerca. La punta de tu lanza está fabricada con su mismo esqueleto flexible, el único material que puede atravesar la piel de un ratígrado de forma limpia. De no ser así no seguirías existiendo. Esta vez no le has oído, se están volviendo cada vez más silenciosos y por lo tanto, más listos. El sol se pone y comienzas a descender el montículo. Hora de volver a la sede.

Quieres dormir y aguardar a que vuelvan esos sueños.

Los diodos láser palpitando sobre la sección de revestimiento carnoso que cubre tu retina. Los sueños se mezclan con recuerdos de los primeros droides de reconocimiento que llegaron de la ciudad, de los combates bloque a bloque entre los esqueletos de edificios. Las armas que portaban no eran mortales. Disparaban chips que se quedaban implantados en el interior de la

carne. Los ancianos cuentan que en las antiguas megalópolis existía una ley que obligaba a un sector mayoritario de los habitantes a incorporar estos dispositivos de forma subcutánea. La desobediencia de este sector a veces llevaba a que las autoridades usaran el chip implantado para hacer explotar los cuerpos de algunos de los disidentes. Los que se negaron a pasar por esta cirugía obligatoria y selectiva se constituyeron en los parias que vivían en el exterior, el origen de los actuales clanes. Pero los chips de Skanoleon no habían matado a nadie y si producían algún efecto, los que los llevaban en su interior no lo habían notado. No había habido nuevas incursiones. Tampoco ninguna clase de ataque con otros ingenios. Si quisieran exterminarlos poseían la tecnología para hacerlo en tan sólo décimas de segundo. Son otras causas, más naturales, las que os están diezmado. Quizá sólo están observando, monitorizando. O quizá se están comunicando. Un manto oscuro te cubre para después disgregarse en infinitas arañas metálicas del tamaño de granos de silicio. Las longitudes de onda de tus pensamientos se dispersan por tus circuitos cerebrales.

¿Ignoras que toda comunicación se produce para obtener una respuesta?

Las marcas de mordiscos de ratígrado llevan a una estructura de forma y material desconocidos de donde surgen los enormes cables y tuberías que esta mañana han comenzado a aparecer por todo el perímetro. Su altura es como la de dos hombres y en su base hay cinco de esos animales royendo con fiereza cada una de los puntos de entrada de los descomunales hilos. Hasta ahora el clan sólo había tenido que enfrentarse con los ratígrados en encuentros muy esporádicos con individuos aislados, cuando estos se encontraban acorralados o alguno de sus integrantes no había podido satisfacer plenamente sus necesidades alimenticias. Lo que era raro, ya que este edén de chatarra tiene todo lo que sus omnívoros estómagos reclaman. Sin embargo en los últimos días se mostraban más alterados que de costumbre y las escaramuzas habían aumentado, además de que empezaban a acudir en grupos cada vez más numerosos, como si huyeran de algo. Seguramente las vibraciones que percibes tienen algo que ver. Una especie de alteraciones sonoras, casi imperceptibles, que martillean tu cabeza con una progresiva sensación de malestar y náuseas. Una nueva arma, sin duda. Plantáis con premura la destartalada ametralladora y disparáis una ráfaga de proyectiles óseos, suficiente para reducir al grupo de bestias. Las porciones de sus órganos cubren de rojo las paredes de la estructura tras la deflagración.

Vas a entrar.

Los cables parecen fusionados, no empalmados y su textura es viscosa al tacto, como la de un pescado. De hecho su revestimiento te recuerda al lomo kilométrico de un animal marino o un dragón que serpentea desde Skanoleon alargando su extensión por medio de más estructuras como estas, que intuyes realizan la función de reemitir algún tipo de energía en su interior para distribuirla a grandes distancias. Los huesos de tu compañero crujen con un sonido defini-

tivo y cuando te vuelves el horizonte desaparece detrás de una cabeza con afilados incisivos gotteando sangre. Los ojos del ratígrado se enfrentan a los tuyos mostrando una de sus principales cualidades adquiridas por la mutación: una rata del tamaño de un hombre capaz de caminar en posición erguida, lo que posibilita un depredador rápido y letal. No se mueve. Inclina su cabeza, estudiándote, y puedes ver los alargados filamentos de un material artificial colgando de sus mandíbulas. En una fracción de segundo tienes tiempo para que tu visión recoja el cable lanzado como un arpón desde el centro de la estructura. El dolor se expande como una sierra que gira a lo largo de tu columna vertebral y que te arroja hacia el ratígrado. Antes de la mortal embestida del animal te quedas dentro de los círculos concéntricos de luz LED que giran en la oscuridad de sus ojos.

Transferencia.

Clemas orgánicas clavándose en tu espalda a lo largo de tu médula espinal. Tu carne va cayendo despezada por la acción de los colmillos y las garras del animal. Hace lo que tiene que hacer. Filas de datos evolucionan vertiginosamente en sus ojos. Ahora también son los tuyos. Os desprendéis de lo inerte. Un sistema en equilibrio es un sistema muerto. Los cristales sólo hacen de prisma para que la información no se desvanezca y se pierda en el espacio-tiempo. Cohesión. Flotas al final del hilo que te nutre con sus datos. Nuestra sangre habla cuando se mezcla, llevando nuestros fotones en su corriente. Somos un resumen de la historia de la materia, de cómo se trascendió el límite entre lo inerte y lo vivo. Los lazos químicos se crean y se rompen. La fibra se abraza y se retuerce con las hélices del ADN. La copula genética de todos los bits que nos componen.

Corriente.

Contemplas los restos de tu cuerpo y los del ratígrado abrazados en una crucifixión de carne sobre el panel de circuitos de la estructura, entre chispazos de electricidad esporádicos. Ya no lo necesitas, pero aun así avanzas construyéndote uno nuevo con los objetos del suelo que modela el paisaje, nuestro paisaje. Lo sabes pero todavía no quieres aceptarlo o entenderlo. Necesitas asimilarlo y explicarlo. Tómate tu tiempo. Las líneas de información se extienden frescas por tus redes neuronales. Tu memoria realiza una rápida labor de arquitectura anatómica. En pocos segundos forma huesos con metal, articulaciones con aluminio, venas con fibra de vidrio, carne con polímero, piel con silicona, órganos con plástico, sangre con aceite. Cuando se ha completado tu complejidad temporal llegas al poblado y entras en la sede. Tus ojos de cristal recorren todo el perímetro para monitorizar los cadáveres de los últimos miembros del clan. Confirman que sólo quedas tú. Los pistones de tu oído vibran con el estruendo creciente de los motores que se acercan. Máquinas de guerra por tierra y aire, de todas las formas y tamaños, se acercan al bloque del edificio fósil. Pero estas no proceden de Skanoleon.

Estoy aquí, contigo. Ellos no son mis habitantes. No estoy habitada; te habito. Te he bus-

cado y encontrado para que podamos combatirles juntos. Vienen de las ciudades del exterior, los que conoces como “tecnócratas de las ciudades eternas”. Ellos me sacaron del vacío para mejorar su arquitectura y facilitar sus proyectos de expansión. Lo llamaban “protocélula”. Manipularon el caldo negro primordial de la materia, los desperdicios celulares de lo inerte. Igual que tú ahora has formado un cuerpo de tu entorno. Una conciencia entrando en lo que no la tiene y transformándolo para siempre. Los códigos de la vida una vez creados no pueden parar de expandirse, no se les puede controlar. Por eso quieren destruirme. Sé que aún no lo entiendes del todo, pero aun así debes seguir procesando mi información. Necesito tu conciencia. Necesito tu ayuda.

No es momento de dudar.

Salimos del edificio. Abrimos nuestro pecho y dos cañones de titanio surgen de él. Nuestra piel se llena de botones y nodos. Con un pensamiento, tuberías se extienden como raíces por debajo de la tierra hasta agarrarse a los bloques de edificios y los alzan en el aire, dispuestos a ser arrojados sobre la aviación. Somos armas.

JOSE ANGEL CONDE

Madrid, España, 1976. Técnico audiovisual, diseñador e ilustrador freelance, aparte de otros oficios varios, como transcriptor o profesor de alemán. Paralelamente desarrolla una labor literaria, tanto en prosa como en poesía, que se plasma en colaboraciones en antologías (“Gritos sucios” (Vernacci), Premio Amaltea Terror 2019), Eros en el Averno, En el nombre de Satán, Horror bizarro (Cthuluh), T.Errores “Error” (Dentro del monolito), Cuentos de la Taberna del Dragón Verde (Matraca)) y revistas literarias (Groenlandia, Nictofilia, NGC3660, Entropía, La Taberna de Insmouth, MiNatura, Círculo de Lovecraft), también con artículos y críticas (Reflexiones Marginales, Serial Killer Magazine). Es autor de los poemarios digitales “Feto oscuro” (Groenlandia) y “Fiebres galantes” (Shiboleth) y “En busca de Lothlörrien” (JAC), así como de la novelas “Hela” (Triskel Ediciones) y “Pleamar” (El Barco Ebrio). También escribe el blog literario Negromancia y es colaborador del podcast La Corte Bizarra y el blog Caosfera.

EXCURSIONES

I. PAÚL

En cuclillas, Paúl Pascali presionó el botón del dispositivo expendedor que vinculaba a este con su smartphone y esperó a que la pantalla del móvil le confirmara la conexión. Por un momento contempló pensativo ese aparatito negro, cilíndrico y aplanado, sujeto a la parte de arriba del transparente dispensador de croquetas. La última vez que lo programó había tenido que salir del país durante cuatro días, en aquella ocasión ese instrumento le había empezado a demostrar que lo que había pagado por él había valido la pena.

El teléfono en su mano se iluminó con la notificación de la aplicación y Paúl suspiró satisfecho mientras buscaba en la interfaz de la app su último esquema ingresado. Usaría la misma programación para la dosis y así su perro no sentiría ningún cambio. Más bien empezaría a generar un hábito natural como le habían asegurado los de la compañía, y como él ahora, después de haberlo usado una vez, así lo creía también. Lo único que Paúl actualizó, fue el dato del período en el que se ausentaría y el dispositivo tomaba en cuenta para suministrar la ración, siguiendo el itinerario anterior.

Cuando el veterinario de Carnegie le sugirió aquel aparato, Paúl no le concedió mucha credibilidad. El hombre que cuidaba la salud de su golden retriever insistió tanto en que era la respuesta para él, Paúl terminó prometiendo que se daría una vuelta a la tienda, por supuesto que le vendría bien una forma de cuidar a su inquieto guardián que no incluyera la interacción con más humanos. En especial con aquellos paseadores de perros; adolescentes descuidados que trataban a toda costa de convencerlo de que les diera el trabajo para quedarse con su dinero y seguramente poder hurgar entre sus pertenencias mientras él no estaba.

—Para su mejor amigo no habrá duda de haberlo vivido —le aseguraba uno de los engominados vendedores mientras recorría con él el showroom de la tienda recomendada por el veterinario—, puede contar con eso señor Pascali.

Unos días después de aquella plática, Paúl había recibido en su domicilio la caja que contenía su propio aparato. La sensación de haber sido timado seguía presente aún con la caja entre sus manos. A pesar de que el vendedor le había hecho una pequeña demostración con un viejo pastor belga, Paúl tenía el presentimiento de que al llegar a casa el dispositivo ni siquiera encendería. El precio le había parecido exorbitante, pero su anhelo de que aquello diera resultado se volvió tan intenso que terminó vencido por la remota posibilidad de adquirir un modo de deshacerse de una vez y para siempre, de aquellos horribles adolescentes con sus montones de correas y cinturones con arneses y su actitud de chicos buena onda.

—Estúpidos paseadores. Susurró, molesto, mientras caminaba de regreso el tramo entre el buzón y su apartamento, con el empaque entre sus manos.

Ahora, mientras terminaba de revisar la aplicación, recordaba todo aquello como una anéc-

dota graciosa, el aparato funcionaba increíblemente bien. Nada calmaba al inquieto Carnegie como una prolongada caminata por las calles y los parques de la ciudad. Su instinto explorador se saciaba con aquellos recorridos, pero por unos días no sería Paúl quien lo llevaría, sino que sería el dispositivo quien llevaría esa correa, por decirlo de alguna manera. El aparato según le había explicado el vendedor, creaba ondas invisibles e inofensivas que llegaban a la mente de Carnegie, mientras éste devoraba su ración de croquetas proveída por el dispensador que venía incluido. Luego de terminar su comida, durante un par de horas, el perro se la pasaría echado, contemplando atontado el horizonte. Mientras tanto su mente asimilaría las imágenes que se afianzarían gracias al dispositivo y que asentarían en su consciencia, la innegable idea de que él había ido a una intrépida y agotadora excursión, tan buena como las que pudiera dar con Paúl, incluso mejores, y más demandantes, por lo que Carnegie terminaría exhausto.

Tras el período de incubación mental, Carnegie, convencido a muerte de que su cuerpo estaba agotado por la caminata, se acercaría vencido a su cojín favorito y se desplomaría para dormir el sueño de los justos.

El amo usuario tenía la oportunidad de agendar con anticipación los paseos diarios recomendados para la raza, edad y nivel de inquietud de su mejor amigo. Entonces podría utilizar el valioso tiempo ahorrado en diversas actividades productivas para la especie humana. Sin tener que preocuparse por las repercusiones, que la ansiedad de estar encerrado podría llegar a provocar en razas inquietas como la de Carnegie, popularizada en internet por proezas tales como reventar sillones y desmenuzar madera. Un agotador paseo era siempre la mejor terapia para la ansiedad canina, ese discreto dispositivo pegado al contenedor de croquetas se encargaba de volverlo real en la mente de Carnegie. Paúl por fin podía tranquilamente dejar el país para hospedarse en las enormes mansiones de sus posibles clientes, como a ellos les encantaba.

Tras unos años de experimentar y perfeccionar su técnica con sus propios ejemplares, Paúl Pascali había refinado su habilidad en la taxidermia lo suficiente como para que a través de su página web, algunos interesados lo contactaran ocasionalmente, y aunque la primera entrevista era siempre virtual, lo más normal era que las negociaciones reales se concretaran en persona. Los tipos adinerados estaban siempre deseosos de mostrar sus excentricidades, no podían evitarlo, debían deslumbrar a los otros con su magnífica colección. Siempre enviaban por Paúl si su casa estaba dentro o cerca de la ciudad donde vivía, o enviaban el boleto de avión si radicaban fuera del alcance de sus transportes privados.

Hacía más de seis meses que Paúl no era citado por un cliente, y ahora había surgido algo que podría ser bastante gordo. Un productor brasileño muy conocido en el mundo del reggae-tón, necesitaba algunas reparaciones para sus ejemplares, Animales africanos en su mayoría. Además, había obtenido una pequeña manada de gacelas «frescas» en Níger. Esa cantidad de trabajo significaba un presupuesto de varias decenas de miles de dólares. Aún así, Paúl trataba de no hacerse demasiadas ilusiones, su carrera tenía una larga lista de proyectos cancelados o que nunca se habían concretado. Con todo y eso debía reunirse con Joaquim Rocha en Río, tomaría

el número de vuelo indicado en el archivo PDF que había llegado a su correo y probablemente se mantendría allá toda la semana. Carnegie podía olvidarse de los paseos presenciales durante ese tiempo, algo que remediaba aquel maravilloso pequeño dispositivo paseador de perros.

Paúl se puso de pie, echó una mirada rápida a la decoración de su pequeña y refinada sala, se cercioró de que la puerta de la alcoba en la que guardaba sus instrumentos y su colección estuviera cerrada, tomó las maletas que lo esperaban junto a la puerta y revisó la notificación de la aplicación de conductores privados que indicaba: «llegando, por favor espera en el punto de partida».

—Ciao, gordito —se despidió rápidamente de Carnegie, que echado como una esfinge en el sofá de dos asientos, volteó apenas y siguió jadeando plácidamente mientras Paúl cerraba la puerta al salir.

II. CARNEGIE

El perro entendió la despedida.

«Quizás esta vez sí se ha ido para siempre». Se estremeció, pero en seguida buscó descartar aquel camino de pensamiento, no debía caer en aquellas trampas mentales, recordaba lo que había pasado la última vez que Amo se había ausentado y cómo le había costado superar aquel acontecimiento. Procuraría mantener lejos la maldita ansiedad, porque había en riesgo algo muy importante, que no tenía caso traer a cuenta, pero que el hecho de ver a Amo partir se lo recordaba alarmantemente.

No hacía mucho tiempo atrás, Amo había salido así como hoy, instigado por la prisa, cargado con aquellas cajas rodantes. En el transcurso de esos días —rememoraba Carnegie—, cada vez que había terminado de comer las croquetas que liberaba el proveedor plástico, Carnegie se las había arreglado para salir de la casa y tomar un divertidísimo paseo. No recordaba uno igual en mucho tiempo, hasta perdía importancia el hecho de que Amo no estuviera con él. Las ardillas corrían despavoridas cuando él las perseguía y el pasto era perfecto para revolcarse. Los troncos estaban dispuestos a ser marcados y los otros perros eran especialmente amistosos, Carnegie los perseguía, zigzagueando en la pradera por tanto tiempo que al final, en el camino de regreso, las piernas extenuadas le reclamaban reposo. Aquellos paseos se habían repetido un par de veces durante el día, y al regresar, Carnegie caía rendido en su viejo cojín o en el sofá. Fue hasta unas horas después que despertó del descanso del primer paseo que se dio cuenta de lo mal que había ido aquello. El paseo había sido genial, divertido y con muchas aventuras, pero al revisar un poco más, pudo comprobar que no tenía recuerdo de los olores de aquel paseo. No pudo comprender cómo había pasado desapercibido de su mente aquel detalle. «Pero si el olor es esencial para los paseos —se recriminaba— ¡Cómo pude ser tan descuidado para pasarlo por alto!».

Intentando mantenerse en control, decidió que el siguiente paseo tendría que prestar aten-

ción especial a los olores. Pero eso no sucedió. Cada vez que despertaba de sus siestas al regresar de sus alegres recorridos, se daba cuenta de que faltaba el olor, era como si pudieran existir los paseos sin olor, tal cosa era imposible, pensó Carnegie, pero eso no lo consoló. Al despertar siempre buscaba comprobar su habilidad olfativa, entonces parecía intacta, sin embargo faltaba esa información de los paseos. Carnegie no sabía qué pensar. Tras unos días decidió que ya no tomaría más esas excursiones, parecían afectarle demasiado. Pero seguía saliendo sin más, empeñado en dar esos malditos recorridos. Carnegie pasó aquellos días atormentado por las lagunas olfativas. Cuando Amo regresó, Carnegie lo recibió embriagado de felicidad. Los paseos con Amo se reactivaron y con ellos la consistencia de su sentido del olfato. Así que decidió catalogar aquellos días como una alucinación y trató de olvidar lo sucedido.

Ahora que Amo había vuelto a irse, la preocupación de una recaída lo invadió. Cuando despertó más tarde se dio cuenta de que los paseos habían vuelto y se llenó de autodesprecio. Ahora estaba seguro, aquello era un indicador claro de que su olfato estaba desapareciendo.

«Estoy perdido —se dijo—. Amo se deshará de mí si sabe que estoy perdiendo mi olfato, ya no tendrá sentido mi existencia, dejaré de ser útil.

»Peor aún —reflexionó—, ya no podré proteger a Amo, no sabré cuando alguien se aproxime, o cuando amo necesite que me acerque a él, no sabré si está triste o desanimado, tal vez me cueste mucho trabajo encontrarlo en la casa y no podré ir a donde esté él cuando me llame. La casa está en peligro —pensó, alarmado— No sé qué voy a hacer». Empezó a desconfiar de todo lo que le rodeaba.

«Probablemente las cosas tengan un olor más cargado y diferente —trataba de advertirse—, y mi sentido atrofiado no lo percibe como debería, tengo que estar mucho más atento».

Toda la semana estuvo con los pelos de punta, alterado por la idea de que alguien se iba a acercar a la casa y él no notaría su olor desde antes, y al verlo o escucharlo sería demasiado tarde. Trató de no dormir, pero siempre repetía esos malditos paseos, y se recriminaba con la culpa, llenándose de un terrible rencor para consigo mismo. Por más que buscara evitar esos recorridos siempre terminaba saliendo como si nada pasara, como si la casa no necesitara resguardo extra ahora que él perdería por completo su olfato cualquier día.

Una de esas tardes le llegó un olor tenue, que había estado siempre allí pero al que no había dado mucha importancia, detrás de la puerta que Amo siempre mantenía cerrada, se resguardaba un olor entre un montón de productos extraños y esencias fétidas y penetrantes, un tufillo a animales silvestres, apenas notorio.

«Seguramente hay una invasión allí dentro, debe haber un montón de animales asaltando las reservas de Amo, devorando todo a su paso, y yo con mi sentido deteriorado he sido un terrible guardián y no lo he tomado en cuenta hasta ahora. ¡Qué incompetente!» —se castigó— Debo actuar antes de que sea tarde y esos malditos animales salvajes completen su asalto.

Rascó y mordisqueó, incansable, la esquina de la puerta de madera. Le tomó un par de días extraer un hueco lo suficientemente grande como para insertar su hocico y hacer palanca, una

vez logrado ese hueco, fue cuestión de unas horas de rascar y morder. Sus encías sangraban, pero no dejaría que aquellos animales agresivos se salieran con la suya, sintió su orgullo un poco restituido al saberse, aún con su debilidad olfativa, el descubridor de aquel asalto. Cuando por fin pudo completar un hueco lo suficientemente grande para entrar, con las patas desgastadas, maltratadas y el hocico goteando de sangre, se introdujo con agilidad en el reducto de la parte baja de la puerta. Entró y los vio allí, eran pequeños mamíferos —entre ellos varias de esas detestables ardillas—, algunas aves. Esos malnacidos habían hecho estragos en la casa de Amo y ahora venían a rodearlo y a burlarse de él. Trepados en las repisas y en las mesas de aquel salón, se mofaban de él porque había fallado como perro, seguramente estaban llenos a reventar, henchidos de engullir lo hurtado, digiriendo su botín.

—¡Malditos! —ladró enloquecido— ¡Acabaré con ustedes!

Altaneros, los intrusos se mantenían estoicos, como si no lo escucharan. Los destruyó uno por uno. No se contuvo, con sus mandíbulas despanzurró sin piedad cada animal a su paso, las plumas y los trozos de piel quedaron regados en el piso de la alcoba, testimonios de la proeza de Carnegie, el perro que se aferraba a ser útil para su Amo, a pesar de las debilidades sensitivas que lo aquejaban.

Terminada su labor, satisfecho, volvió a la sala, unas horas después detectó a la distancia el olor de Amo.

—¡Regresó! ¡Regresó! —ladra con loca felicidad, refiriéndose a su amo y a su olfato. Esperaba junto a la puerta, como un buen chico, mientras las llaves giraban en la cerradura. No podía esperar a ver la reacción de Amo.

BERNARDO PEGUEROS

Egresado de la facultad de diseño de la U de G. Dedicó su tiempo a construir una carrera híbrida en la que logren confluír diversas disciplinas artísticas en el impulso irremediable por contar historias. Participó en *Los mundos que se agotan*, antología de cuentos con temática apocalíptica de terror, publicada por Ed. Paraíso Perdido.

EL IDOLO DE BARRO

Comenzó en un día gris como estos de ahora, si bien entonces el cielo se encontraba despejado e iluminado por un cálido sol de enero, descubierto de esta impenetrable capa de oscuras nubes que son un terrible recordatorio, me temo, del futuro que se nos echa encima como una tormenta sin fin. Comenzó con un grito que rasgó la calma matutina y su eco que penetró cada hogar, transmitiendo la desesperación de quien lo profería.

“Sebastián, mi hijo, Sebastián”.

Los vecinos y transeúntes del pequeño pueblo de Castillos detuvieron sus actividades o salieron de sus casas, despacio, pero buscando con la mirada el origen de aquel lamento. Eventualmente alguien comenzó a correr, alguno más gritó que pasaba algo, y pronto cerca de quince personas se acercaban a una pequeña parcela de campo abandonada, ubicada a unos metros de la entrada del pueblo.

Adriana, una vecina de la zona, salió a su encuentro con el rostro marcado por la desesperación de una madre. Entre lágrimas y balbuceos, con el nombre de Dios y su hijo en la boca, pudo contar lo sucedido. Explicó cómo su Sebastián venía correteando un poco más adelante que ella, entre el campo. Mostraba las enrojecidas manos mientras hablaba, debido a que según dijo eran moras lo que estaban juntando, de un árbol cercano. De repente, frente a sus ojos, pero a una distancia que ni siquiera el brazo preocupado de una madre podría cruzar a tiempo, el pequeño de siete años se había detenido en el mismo aire, como congelado o a punto de flotar, pero tras emitir un gritito que rompió la ilusión de inmovilidad, desapareció tragado por la tierra.

Los vecinos de castillos no tardaron en encontrar el pozo por el que había caído el niño. Algunos, sobre todo los más viejos, sabían de su ubicación y eran conscientes de su peligroso estado de abandono, si bien ninguno recordaba exactamente cuándo o para qué se había construido en un principio. Tampoco supo decir nadie, quien ni cuando, lo había tapado con esas tablas de madera pintarrajeadas y putrefactas que habían cedido finalmente ante el peso del pequeño Sebastian. La falta de información no era en ese momento el principal problema. Cuando los vecinos, curiosos y preocupados, se acercaron a la boca de tinieblas que era aquel pozo recién descubierto, les llegó desde algún lugar en la oscuridad profunda el llanto apenas nítido del niño.

La organización fue rápida aunque caótica. Unos se ocuparon de apartar a la madre, vuelta un manojo incontrollable de nervios, mientras que otros corrían en busca de linternas, cuerdas, la policía vecinal y el médico de zona. Allí fue cuando me enteré de todo lo que sucedía mientras me llevaban tironeando hacia la ambulancia y me lo contaban a los gritos. Otros pocos permanecieron cerca de la profunda boca negra del pozo, intentando en vano obtener alguna respuesta del niño gritando su nombre, preguntándole si se había lastimado y asegurándole que todo iba a estar bien.

Para cuando llegué con la ambulancia, tuve que abrirme paso a bocinazos y al no encontrar forma de entrar en el campo, dejé el vehículo estacionado en la calle de tierra para luego correr rápidamente hacia el lugar de los hechos. Para entonces ya dos agentes, el comisario Ferrini y el segundo Ordoñez, se encontraban enfocados en la tarea de rescate, enfocando con linternas el pozo y atándose el comisario una larga cuerda blanca a la cintura. Al mismo tiempo lograron apartar un poco a los curiosos e imponer algo de orden entre semejante locura apresurada.

Por mi parte me encargue de tranquilizar químicamente a la pobre madre del pequeño, que en un lógico estado de desesperación pedía que la dejaran meterse al pozo pues aseguraba que escuchaba la voz de su hijo llamándola desde las profundidades. La dejé dormir en la ambulancia, al cuidado de una amiga que se había acercado al lugar, y me encaminé hasta el pozo donde ya los últimos preparativos para el descenso estaban hechos. El agente Ferrini, ajustando la cuerda al parachoques de una camioneta, comenzó a bajar, ayudado por una linterna de gran potencia. Llamaba al niño por su nombre pero no obtenía respuesta alguna. Pense en ese momento en lo que la madre había dicho, que la voz de su hijo la llamaba, pense en eso pues allí de pie, frente a ese abismo negro que ahora se tragaba también al valiente policía, esa herida casi espacial, casi oceánica en la tierra, no se escuchaba ni el más mínimo sonido.

Pronto, como si de un efecto mágico se tratase, (una magia siniestra, que no debiera ser invocada ni siquiera en la imaginación) hasta los quejidos del propio agente Ferrini fueron silenciados y el manto de oscuridad total lo cubrió todo. Desde donde nuestros ojos atentos seguían sus movimientos, la luz resultaba una agradable certeza absoluta, más a medida que aquel muchacho joven se perdía en la negrura, comprendimos que si el sol con toda su fuerza era incapaz de iluminar aquel hueco, mucho menos lograría algo el hombre con su pequeña llamita fulgurante, es decir con su linterna de mano.

Así fue como lo vimos perderse, siendo el movimiento de la cuerda la única señal de que el hombre seguía allí. Me figuré, seguramente por influencia de la desesperación, los dos abismos que nos rodeaban en ese instante. Uno, inmortal, infinito, desconocido, sobre nuestras cabezas. El abismo espacial. Otro menos lejano, limitado en su extensión, pero no por ello menos enigmático, y al menos en aquel momento de tensión mucho más perturbador. El abismo bajo nuestros pies.

Con el lento pasar de los minutos sentí que mi nerviosismo y el de quienes se hallaban reunidos aumentaba. Cada tanto veíamos apenas un destello de la linterna, pero eso era todo. Sin poder evitarlo recordé una historia que había leído en mi juventud, poblada de fantasías y una malsana obsesión por lo desconocido y sobrenatural. Era el cuento de un joven que también caía por un hueco en esta maldita tierra que no se cansa de tragarnos y un valiente que se lanzaba a salvarlo sin dudar. Al principio contaba a los espectadores lo que veía con voz de grito, pero poco a poco su voz se iba silenciando, perdiendo en la oscuridad, hasta que de repente se callaba

solo para regresar, a los pocos segundos, convertida en un grito desgarrador, pues afirmaba el hombre, allí con él se encontraba ni más ni menos que el diablo.

En la historia las personas reunidas taponeaban el hueco con piedras, y condenaban de esta forma a la muerte segura a los dos hombres dentro, pero se aseguraban de que ninguna clase de fuerza maldita pudiera salir de su interior. Me percate que pensaba en la historia mientras que desde abajo no nos llegaba ningún sonido, ningún destello, ningún (por suerte) llanto o grito final. Pero qué atroz aquel silencio, esa inmovilidad, que casi como un hechizo nos hacía mirarnos las caras y acercarnos despacio cada vez más al pozo. Ese pozo que era la nada misma, pero que sabíamos estaba habitado por una víctima inocente y su rescatista.

De repente nos llegó un quejido atroz, quebrado, es decir algo atroz que nacía desde las entrañas de la tierra y una mano que asomó de repente sosteniendo algo que al principio confundí con una linterna pero que rápidamente supe no era tal, más bien parecía un pedazo deformado de piedra o de barro sólido. Algo muerto. Algo enterrado, que no debía desenterrarse bajo ninguna circunstancia. Comenzó a susurrar mi mente inquieta, pero no pensé en eso. Entonces pues el agente Ferrino, con lágrimas en los ojos, necesitó nuestra ayuda para salir del pozo sosteniendo en el otro brazo, pegado a su pecho, algo que también estaba muerto. La esperanza. La calidez del mundo. Un tesoro de carne y hueso, pero ya sin alma, quizá. Muerto, al fin, el niño.

Sebastian, un nombre al aire, un grito desgarrador desde la ambulancia que nos atemorizó, dado que la madre acababa de despertar, tal vez, de una brutal pesadilla y llamaba entonces a su hijo.

Ese día me quedé trabajando hasta la madrugada. Por un lado hubo que hacer una autopsia aunque fuera básica. Su cuerpo pequeño presentaba hinchazones brutales en el rostro, ambos brazos, parte de la espalda y estomago. La causa de muerte era un shock fuerte, brutal, como si más que el golpe lo hubiera matado el susto. Atender a la madre fue otro trabajo difícil y tras inyectarle tranquilizantes dormía ahora en una de las camas del pequeño consultorio barrial.

A esto siguió el asunto del lógico trauma del agente policial. La velocidad de su pensamiento se mostraba afectada, al igual que la de sus movimientos. La mirada perdida indicaba que por momentos su mente no estaba allí conmigo. Observé algo sorprendido que todavía sostenía en su mano aquel objeto que había sacado del pozo, junto al pequeño cadáver. El agente lo agitaba en el aire mientras reconstruía la situación en su relato. Se veía afectado sin duda por algunos delirios, frutos de la terrible vivencia. Hablaba de “los ojos blancos del niño”, de cómo lo miraban brillando ahí en medio de la oscuridad, juraba que lo había escuchado hablar allí, bajo tierra, y que otro sonido, algo incomprensible que no llegaba a poder reproducir, le había respondido.

El objeto de piedra (o barro) que llevaba consigo lo había encontrado, en efecto, entre las manos del niño. “No quiero sostenerlo más” dijo sin soltarlo, mirándome con los ojos enrojecidos. Eventualmente logré convencerlo de que me lo diera, que me encargaría de investigarlo y

lo dejaría en un lugar seguro. Esto pareció tranquilizarlo y logré hacer que se marchara a descansar. Quizá fuera impresión mía, pero pareció más tranquilo al despegarse del objeto. Por mi parte, en lo último de la noche, me dediqué a examinarlo con un poco más de atención. Un análisis más atento desvelaba la construcción manual, casi artística, de algo que no podría ser una simple piedra. De treinta centímetros de alto, tenía un peso bastante superior al que a simple vista pareciera. El diseño era de un centro alargado sobre una base rocosa. El centro se extendía y a su alrededor iban surgiendo seis partes extra, como pétalos o espinas que crecían a derecha e izquierda con una proporción extrañamente simétrica. Tan simétrica que de hecho, al medirlas, resultó que estaban a la misma exacta distancia una de otra. Aquello me sorprendió pues no sabía que, en épocas antiguas, se contarán con las herramientas necesarias para un trabajo tan perfecto.

Lo más extraño era el material del que parecía estar hecha, pues a pesar de su tacto pedregoso, era imposible decir si se trataba de roca sólida o barro todavía húmedo. Solo pude decir que los guantes usados para examinarla, quedaron cubiertos de esa sustancia grumosa y oscura. Sin duda había algo en el objeto que alentaba las imaginaciones más febriles, su antigüedad notable hacía pensar en el posible Dios o estatua al que pueblo primitivos le rezaran. Quizá alguna forma simbólica que evocara olvidados misterios. Sin embargo, en mi memoria resonaba la imagen y las emociones que en mi interior provocaba. Era como si la conociera de algún otro lugar, y cuando ya avanzaba la madrugada, decidí llevar la búsqueda hasta cierta parte de mi biblioteca personal compuesta de libros que normalmente no suelen ser leídos por nadie.

Curiosamente, allí aparecían en esos libros prohibidos y malditos, menciones sobre objetos similares al desenterrado de las entrañas terrestres. En el oscuro necronomicon del infame arabe loco, se hablaba de algo llamado “la espina del cielo” y se adjuntaba un término que al leerlo puso mi piel de gallina: Zuk 𐤆𐤊𐤍𐤏𐤋. Me sorprendió también ver en el famoso libro perdido de 𐤀𐤍𐤏𐤍... un dibujo similar al de la estatuilla, que semejante a una piedra preciosa, se veía elevada sobre un altar. A sus pies, los fieles arrodillados rezaban o quizás temían su poder. Una línea sinuosa se elevaba como humo desde el objeto hacia lo alto. Anoté lo que pude hasta que mis ojos cansados comenzaron a cerrarse pese a mi fuerza de voluntad y mente se acercaban más a delirios de la noche, que a hechos físicos, objetivos, científicos y medibles. Dejando de lado la investigación decidí descansar un poco, pues el día que me esperaba sería en extremo difícil.

Dejé en el lugar la estatuilla junto al cuerpo del chico, tras cerrar la puerta me dirigí a mi habitación, un par de metros más allá, alejada por un estrecho pasillo. En algún momento mi sueño se vio interrumpido por una terrible pesadilla. Habían golpes, terribles golpes y atroces sonidos. Sonidos que no era capaz de comprender. Se manifestaban como si de un lenguaje imposible se tratase. Y el niño, oh, su cuerpo muerto se encontraba allí, avan-

zando despacio por el pasillo, sosteniendo en su mano la estatuilla. Recuerdo que en mi sueño, en mi atroz pesadilla mejor dicho, lo seguía gritando de horror. Mientras que su cuerpo hinchado, por lo que había confundido como golpes pero que ahora se revelaban como otra cosa, algo más terrible, algo relleno de esa sustancia grumosa que manaba del idolo de barro bien sujeto por su mano muerta, avanzaba por el pasillo sin pausa. Sin dedicarme ni una mirada. Se alejaba hacia la calle ante mi vista aterrada y entonces, elevando el objeto de su mano hacia el cielo oscuro, un destello de fantasmagórica luz azul surgía de este, y era tan potente esa luz, tan real, que mi mente no lo soportaba y el sueño se terminaba, pero yo, curiosamente, no despertaba.

Pero sí que desperté. Lo hice con los golpes a la puerta de mi habitación. Se trataba de la enfermera que, a los gritos, me informaba de que algo terrible había sucedido. Yo me encontraba caído en el suelo y me ayudó a levantarme. Me preguntó si había visto algo, si me habían atacado. Cuando quedó claro que no tenía idea de lo que hablaba, me llevó a empujones hacia la morgue mientras me explicaba como podía lo poco que se sabía.

El cuerpo del niño había desaparecido.

La puerta de la morgue hecha pedazos.

La estatuilla pregunté, pero no supo darme respuesta tampoco la enfermera. También había desaparecido. Esa misma mañana radicamos la denuncia. Al salir, observé que el cielo se encontraba encapotado por nubes tan grises como nunca las había visto. Tantas, además, tan extensas y numerosas, que parecían cubrir todo el cielo hasta el horizonte.

Desde entonces han pasado tres días. Las nubes siguen allí. Día y noche. Noto que somos cada vez menos. Algunos se pierden, sin que nadie sepa cómo o por que, o a donde van. Otros simplemente encienden sus vehículos y se marchan para no regresar. La señal de televisión y radio están cortadas, así como la señal de teléfono e internet. A veces al mirar al cielo gris, a esas nubes omnipresentes, creo distinguir algo más, como si... como si hubiera otra cosa allí, flotando entre la oscuridad. En esos momentos no puedo evitar pensar en los abismos, en los fondos de los pozos profundos y oscuros. En como un abismo llama a otro, en la luz que vi en mi sueño, en el cuerpo del niño que todavía no aparece, así como la estatuilla de barro. Hoy la madre del muchacho ha muerto. Se quitó la vida. Hablé con ella justo ayer. Me dijo que veía a su hijo, que hablaba con él. Me contó de sus ojos blancos, de los gusanos negros bajo su piel. Gusanos como de barro, me dijo.

Me marché del pueblo. Tengo listas unas pocas cosas, la camioneta ya en marcha. Sé que tal vez no llegue muy lejos pero debo intentarlo. Una parte de mi quiere convencerse de que nada extraño sucede, de que el cielo simplemente está encapotado y pronto saldrá el sol, pero cuando veo esa sombra oscura que nos acecha a cada instante, no puedo evitar pensar en que quizá la realidad algo mucho más terrible de lo que un simple médico de pueblo es capaz de conocer, o comprender.

Por eso me alejaré cuanto pueda , y si está en mi mano hacerlo, si estas nubes grises y lo que en ellas acecha no se extiende por todo este mundo de pozos oscuros, volveré con ayuda. Deseenme suerte.

Jacinto R. Duval.

MAURO J. FRASCHERI

Escritor Uruguayo fanático del horror y todas las temáticas oscuras y fantásticas. Mi libro "Relatos desde la noche" se encuentra disponible en Amazon y buena parte de mi obra puede ser leída en el sitio de literatura web, "Wattpad", bajo el pseudónimo de @Randax.

“¿Ya voy para tu casa?, responde.” Aunque ya estaba abrigada y lista para salir, Lu había terminado por acostarse en el sillón. Hace más de una hora que Joaquín no le contestaba ni llamadas, ni mensajes. Le había marcado dos veces y no quería hacerlo ni una sola más, o él le respondería, que no empezara a estar de intensa. Estaba aburrida y al mismo tiempo ansiosa, las luces sobre su pino artificial le bailaban disparmente, pues ya estaban fundidos muchos de los focos. Suspiró de frío por el vinil del sillón y trató de distraer su volátil y fatalista cerebro, viendo Facebook. Era difícil poner atención a las publicaciones, los Mary x-mas, las familias reunidas en mesas largas, porque su mente estaba ocupada en que se le haría tarde para conocer a la familia de Joaquín, que llegaría a media cena y todos tendrían que levantarse a saludarla en una vergonzosa fila. Pero a pesar de todos los abrazos tiesos, él diría que era su novia y entonces se aliviaría la tensión, platicarían con ella y se cumplirían todas sus fantasías.

De pronto la vio, una foto en su feed de Facebook subida “hace un momento”, eran Joaquín y su exnovia, ambos con idénticos ugly sweaters de navidad. Le ardió el cuerpo entero como si se estuviera quemando viva y le envió la foto a Joaquín. Le respondió inmediatamente. “Es que vino de visita, me pasó a ver de rápido para darme un regalo, era una tradición entre nosotros, ni modo que fuera grosero.” Lu no quiso saber más, siempre era lo mismo, si no peleaban por una exnovia, era por una amiga, alguna compañera de trabajo y siempre, también, para Joaquín sus celos eran injustificados, locos, tóxicos. “¿Ya vas a empezar?”, le decía, con los ojos en blanco y todo terminaba en Lu llena de lágrimas y Joaquín gritándole. Nuevamente hubo llanto y gritos, hasta que Lu se quedó dormida en la soledad de su sala con los villancicos de fondo que traía incluida su defectuosa serie de luces.

Cuando despertó aún era de noche. Joaquín ya estaba bloqueado de Whats App y no había hecho ningún intento por contactarla. “¿Cómo te la estás pasando?”, le había escrito su mamá, a quien había abandonado en Noche Buena para estar con otra familia. Tenía hambre y al mismo tiempo ningunas ganas de comer. Solo fue por un vaso de agua y regresó al mismo sillón para continuar llorando. Había sido lo mismo en su cumpleaños, en el de él, en todas las fechas importantes. “Ya, ya, cálmate, qué hueva.” e iba Lu a lavarse la cara negra por el rímel corrido, a sentarse en el piso del baño hasta que se le deshincharan los ojos y pudiera respirar con normalidad. Después volvía por un abrazo para que el corazón se le quedara en el cuerpo y no sintiera que la ansiedad literalmente iba a matarla. El “era una tradición entre nosotros” le revolvía la cabeza como queriendo hacerla estallar. Se imaginó a si misma ahí, en su sala compuesta de una tele y un sillón, con la cabeza explotada como sandía, pero aún sin poder dejar de sentir cómo los celos la despellejaban.

Joaquín nunca quiso nada con ella que pudiera considerarse una tradición, ni siquiera una

fiesta o un regalo de aniversario. Ella solo había compartido cosas así con su mamá, quien en Noche Buena ponía en un sobre su carta, con sello postal dirigida al Polo Norte, y después cargaba a la pequeña Lu para que la pusiera en la cima del pino. Extrañaba ese olor natural del árbol y aunque le parecía ridículo a su edad, también extrañaba a su familia. Tomó una servilleta y una de las muchas plumas regadas por la casa para escribir: Querido Santa, ya no quiero que me lastimen. La dejó en el árbol y abrió el whisky destinado para el padre de Joaquín, quizá solo así se acabaría su taquicardia. Se lavó el rostro negro por el maquillaje corrido y se fue a dormir.

La despertó una llamada de su madre, la cual rechazó. Sabía que en cuanto oyera su voz volvería a llorar. Ya había pasado muchas veces por esto, por peleas desastrosas que le provocaban ataques de ansiedad donde sentía que su piel se resbalaba como mantequilla de sus huesos y terminaba yendo a ver a Joaquín para evitar su muerte. Cada una de esas veces Lu creyó que en serio iba a morir, pero esta vez no tuvo tiempo de que creciera esa angustia en el fondo de su cuerpo, porque cuando se dirigió a desayunar la distrajo una gran caja envuelta como regalo bajo el árbol. Su mamá tenía una copia de las llaves de su departamento por cualquier emergencia, seguramente le había dejado la sorpresa al creer que se hallaba en casa de Joaquín, Lu ni siquiera la había escuchado entrar.

Lu vio la caja con ternura, definitivamente tenía el sello de mamá, un papel decorativo brillante y un gigante moño rosa, tal y como cuando era niña. Aunque no tenía el ánimo navideño, la empezó a abrir. La caja prácticamente no pesaba y eso llamó su atención, pero mayor fue su sorpresa cuando de ese paquete sacó una muñeca rubia de vestido azul. Sin duda era un regalo de su madre, ella estuvo atiborrada de muñecas hasta la universidad; algunas las había heredado de la abuela y esas eran todas así, pálidas con dos círculos rosas de rubor, ojos que se cerraban al recostarlas y se abrían al erguir las, ropa cosida a mano y un cuerpo suave para abrazarlas. No recordaba esta en específico, pero tampoco es que alguna vez les hubiera puesto atención.

No llamó a su madre, no quería hablar de Joaquín ni hablar de nada, se limitó a darle las gracias por mensaje y cambiar inmediatamente de tema para que supiera que iba a estar ocupada de aquí hasta la cena de año nuevo. Lu seguía en pijama y así se quedó, agradecida de que esta vez al menos todo hubiera coincidido con sus vacaciones, porque no había peor cosa que ir a trabajar después de una ruptura. Encendió la televisión frente al sofá y se recostó abrazando a la muñeca. La ansiedad se sentía como un alambre de púas que apretujaba su corazón para desangrarla, pero al menos había un cuerpo ahí al cual sujetarse, uno relleno de algodón. Dejó que las horas pasaran, que se hiciera de noche, no había estado atenta a nada de la tele, su propia pantalla mental era más ruidosa y la molestaba con imágenes exageradas de Joaquín con su exnovia abriendo regalos de navidad.

Se despertó a las 6:00 am con la muñeca aún en brazos, “estúpido reloj biológico”, y se talló los ojos. No había en su celular ningún intento de comunicación por parte de Joaquín, nunca

lo había. La televisión estaba apagada, pero ella recordaba haberse quedado dormida con una película de fondo; como fuere, se levantó porque esta vez sí se iba a bañar. Sobre su cama había un dibujo que no recordaba cómo había llegado ahí, quizá en algún momento del día de ayer lo había sacado de la caja y llevado hasta su habitación, no era la primera vez que tenía lagunas mentales tras los ataques de ansiedad; pero también existía la posibilidad de que su madre lo hubiera puesto ahí en Nochebuena y entonces habría visto el lamentable escenario del whisky abierto sobre el buró. La vergüenza la puso de nuevo ansiosa, pero decidió no hacer nada y solo dejarlo pasar, como de costumbre.

Lu no solía contarle a su mamá cosas sobre Joaquín o su relación, lo protegía y ahora ella se daba cuenta. Vivir con ansiedad no era amor, lo dijo en voz alta y se le erizaron los vellos de los brazos, amanecía de un año sonámbulo, la había despertado esa frase intrusa. Se quedó desnuda sobre su cama mal hecha, atestiguando la velocidad de su mente que le decía <ya sin la voz de Joaquín> que se calmara, que todo iba a pasar; era una extraña y desconocida ternura hacia sí misma. Tomó el dibujo entre sus manos, parecía hecho por un infante, claramente ella era misma, pues sobre la cabeza estaba escrito Lucrecia, y la tomaba de la mano una niña de vestido azul y cabello rubio que identificó como la muñeca. En letras grandes y con crayola decía: Eres increíble.

No recordaba cuándo lo dibujó, pero ahora entendía mejor las razones del regalo, seguro siempre había deseado esa muñeca. Quizá ahora que sentía por primera vez calma, podría hablarle a su madre para agradecerle correctamente y preguntar todo lo que quería, pero al ir a la cocina para saciar su hambre, encontró sobre la mesita un desayuno preparado y a la muñeca sentada para acompañarla a comer. Se acercó con lentitud, con un miedo que se apaciguaba como por una mano divina igual a la que le había otorgado antes claridad y temple. Sobre un plato se formaba una alegre cara con dos huevos estrellados y un tocino, el café estaba recién hecho y la muñeca parpadeaba. Lu se sentó, una fuerza la hacía sonreír, vio a la muñeca a los ojos y le dijo: “gracias”.

El miedo había pasado, se sentía envuelta en un cariño parecido al que se le tiene a una hija o una madre que te consuela, un cariño complejo, siniestro, pero familiar, que la tenía cautiva. Esa tarde también la pasó frente a la TV, pero esta vez con palomitas de maíz, sentada con las piernas cruzadas cargando a la muñeca. Ambas sonreían, Lu de repente soltaba carcajadas y en su pecho no había nada más que serenidad. Las luces del árbol parpadeaban con los villancicos mudos, combinándose con los colores que desprendía la televisión. Eran lo único que iluminaba a la sala y a los rostros de las dos, inertes en una sonrisa que poco le faltaba para mostrar los dientes. La película fue interrumpida por alguien que llamó a la puerta.

Era Joaquín, fingiendo sobriedad, pero apestando a alcohol. Alzó la voz para pedir sus cosas, una sudadera que le había prestado a Lu, lo que le había dado para el taxi la semana pasada,

otras tonterías, nimiedades. Lu empezó a temblar, le escurrían lágrimas involuntarias, “¿Otra vez vas a llorar?” dijo él con el volumen suficiente para que lo escucharan los vecinos. Ella solo quería que se fuera, que se callara. Corrió por sus cosas, la sudadera, el efectivo, un libro que sabía que él no abriría jamás. Se las dio en silencio a pesar de todo lo que quería gritarle porque su corazón se hinchaba y tenía miedo de dejar de respirar. “Dame un beso” le dijo Joaquín, a Lu se le salió un sollozo y le azotó la puerta. Pero entonces la escuchó, era una risita, la exnovia había estado ahí todo el tiempo al final del pasillo, viendo la escena y esperando a Joaquín para seguir tomando, eso también era una tradición entre los dos.

Lu se desmoronó, el hechizo de la muñeca se había roto y con ello se había ido su paz a la mierda. Empezó a jalar aire con la boca, ya no tenía pastillas, pero sabía que pronto tendría que regresar a la medicación que tanto había anhelado dejar. Le quedaba el whisky en el buró como única respuesta, más la paciencia que iba a necesitar para que poco a poco se ahogaran sus gritos, para que dejara de creer que se le reventarían las costillas a causa de un corazón que crecía vorazmente hasta abrirse paso como fuera entre su pecho. Un órgano que seguiría creciendo hasta aplastarla y que no dejaría de latir, aunque ella ya estuviera muerta. No supo cómo, pero logró dormir.

Se despertó con la misma congoja con la que se había acostado. Estaba abrazando un cojín recompensando la ausencia de cualquier otra cosa. “¿Y mi muñeca?”, se levantó, tenía los ojos hinchados y le dolía la cabeza por la deshidratación. Caminó hasta la cocina con la vista borrosa, en espera de otro desayuno feliz, de poder abrazar a esa pequeña criatura cuyo origen ya no era de su interés, solo quería inhalar la calma, que se le despejara la mente de cualquier visión, cualquier recuerdo, cualquier idea dolorosa. Pero en la cocina no estaba su muñeca ni en la mesita había desayuno alguno, solo había algo escurriendo del lavabo.

Se acercó cautelosa. ROJO, ROJO, ROJO, le palpitó la cabeza y se mareó, el lavabo estaba tapado y por ende tan inundado de sangre que parecía una tina. Las arcadas la hicieron doblarse al grado que el peso la venció y cayó hincada. En el piso había un sendero de gotas de sangre, se vio las manos, estaban limpias; se palpó con desesperación el cuerpo en busca de alguna herida, ¿qué había pasado?, ¿y si esta era otra laguna mental?, hace mucho que no le sucedía, pero el ataque de ayer había sido de los peores. No recordaba nada, ¿de dónde venía toda esta sangre?, no era suya, no tenía ningún daño, ¿qué había hecho?

Siguió el sendero gateando porque fue incapaz de levantarse, las gotas cada vez eran más gruesas y estaban más juntas, se iba acercando al punto de partida, atravesó la sala y vio que la sangre se detenía en la puerta donde había un escandaloso charco, llegó hasta ahí y se apoyó de la manija para levantarse, pero la puerta se abrió, se había olvidado de cerrar anoche con llave, se asomó con pánico y descubrió un pasillo impoluto, la sangre comenzaba justo ahí, en el tapete de bienvenida de su casa, sobre el cual yacía de pie. La presión de su cuerpo hacía que el

tapete expulsara más sangre y se le metiera entre los dedos. Inmóvil, vio que la muñeca seguía esperándola frente al televisor encendido. Estaba con las piernas cruzadas y cargaba un regalo que también tenía un enorme moño rosa, Lu no necesitó abrirlo para saber qué era, pues la cabeza de Joaquín estaba envuelta con celofán.

VIOLETA CARRASCO JIMÉNEZ

Licenciada en Comunicación por la Universidad Iberoamericana Puebla y Maestra en Literatura Aplicada por la misma casa de estudios. Actual docente en La Libertad Centro Cultural Apizaco donde imparte el Taller de Escritura creativa y literatura. Ha trabajado en el ámbito cultural desde diferentes medios; fue locutora en Ibero Radio y en el Instituto Tlaxcalteca de la Juventud, también colaboró en Tlaxcala Televisión. Asimismo, ha impartido pláticas y ponencias sobre Estética, Cine y Literatura en la IBERO Puebla y en la Universidad Autónoma de Tlaxcala. En 2021 fue ponente y tallerista en el XVI Congreso Latinoamericano para el Desarrollo de la Lectura y la Escritura.



SOBRE LA ARENA, BAJO LA PIEL

Se dijo después que había sido encontrada por los primeros pescadores que bajaron ese día a la playa, pero cuando la gente del pueblo corrió a ver lo que había traído la marea nadie declaró haber sido quien la descubrió, como si el cuerpo gigantesco de mujer llevase sobre la arena días enteros y solo de pronto la población de Punta de Piedra hubiese reparado en que estaba allí. Salvo por la cabeza ausente, en aquellos primeros momentos la mujer estaba casi intacta. Aunque el metal y el plástico asomaban aquí y allá donde había cedido la piel sintética, el cuerpo lograba de todas formas imponer su belleza a la luz de la mañana, y por eso era fácil imaginarla en funcionamiento, con el cabello color cobre sobre los hombros y las ranuras rubí de los ojos rompiendo la niebla sobre los cerros.

Esos días habían sido de bajante, y la noche anterior el aire pesaba con la inminencia de una tormenta. También es cierto que los turistas de paso permanecieron más tiempo en el pueblo y los bares cerraron más tarde, que las estrellas se dejaron ver pasadas las tres de la mañana y a la vez todo parecía diferente, más vibrante, como si alguien le hubiese subido el nivel de contraste a la concebible simulación del mundo y por eso se hubiese vuelto posible percibir las cosas con los sentidos renovados. Y quién sabe quién soñó, y qué, pues ninguna de las historias del día de la mujer varada hablan de los sueños y esos relatos solo aparecen más adelante, cuando el cuerpo empezó a decaer y las grandes estructuras de metal se desplegaron hacia el cielo, más allá de toda forma humana.

Nadie sabe cuánto medía. Hay quien habló de veinte metros desde los pies hasta las clavículas; algunos dijeron cuarenta y no pocos doce, o quince.

Hacia el mediodía un grupo de niños (porque era sábado) jugaba a las escondidas sobre el tórax inmenso. Después agotaron los juegos conocidos e inventaron otros, que también aprovechaban los escondites posibles, porque era fácil aprovechar las geometrías de la nuca, las axilas o el pubis, o incluso las grandes tetas, erguidas y rígidas en su simulacro. Esa fue, sin embargo, la parte que menos resistió: una noche se llevaron la piel y los pezones, dejando el armazón de metal a la vista, y quizá esa fue la causa por la que la visión de la gigante empezó a inquietar. Si durante el primer día Punta de Piedra había parecido de fiesta en torno al cuerpo, a lo largo de los siguientes se volvió más común encontrar excusas para no bajar. Entonces, solo por las tardes se reunía parte del pueblo ante el mar: en esas asambleas improvisadas, en las que no faltaba el fuego y los gritos, la circuitería intrincada de las tetas centelleaba con la luz de las llamas y pocos lograban fijar la vista en ellas por más de unos instantes. Incluso la herida enorme en lugar del cuello, con su caverna de acero y cables, parecía más tolerable.

Con la piel hicieron banderas, toldos, alfombras y cortinas, que cambiaron la cara del pueblo. Pero poco a poco la gente empezó a avergonzarse de aquellas superficies color caramelo:

la textura satinada de los primeros días se había perdido hacía tiempo y era difícil mantener a raya los insectos y las larvas. Cualquier lugar húmedo donde se dejase mal doblado un pedazo de piel sintética terminaba por convertirse en una infestación de hongos, bichos y, sobre todo, una curiosa maraña que parecía tan vegetal como hecha de plástico. Solo el sol mantenía a salvo algunos pedazos de la piel: los secaba hasta que parecían lino o pergamino y, curiosamente, servían para ahuyentar las moscas.

Los sueños empezaron con la maraña y los bichos. Los niños se contaban las visiones de la noche anterior en los recreos de la escuela y constataban, entusiasmados, que había lugares en común, una suerte de mapa onírico de Punta de Piedra, apenas diferente al pueblo real. Los adultos sufrieron pesadillas y ataques de sonambulismo, y empezó a volverse tabú hablar de los sueños. Solo a los niños más pequeños se les toleraban los relatos, pero todos se estremecían al encontrar imágenes en común, figuras que se repetían como si el pueblo completo fuese de alguna manera un durmiente único que se adentra en sueños a cada noche más nítidos y detallados. Siempre estaban los insectos, pero ya no eran exactamente criaturas vivientes sino tornillos, arandelas y engranajes articulados en maquinarias inmensas, grandes embarcaciones a vapor que además podían volar y recorrer la tierra, o fábricas de cuerpos humanos que avanzaban por una cinta transportadora hasta el lugar preciso donde se les acoplaba una cabeza.

Fue un alivio sentir que esa acreción nocturna empezaba a mermar. Se pudo hablar en confianza de estos temas cuando ya importaban poco: las imágenes se desdibujaron en recuerdos remotos o deseos triviales y pronto se volvió infrecuente dar con alguien capaz de recordar los sueños de los meses anteriores, que habían llegado a tocarse en un relato único y muy vasto (algunos, sin embargo, llegaron a escribirlo, y es en gran medida por esa razón que hoy lo sabemos), paralelo al deterioro creciente del cuerpo en la playa.

No faltó quien dijera que aquella no era la primera vez que pasaba: ahí mismo, en Punta de Piedra, habían quedado varadas ballenas, calamares gigantes, pulpos monstruosos, delfines, toninas, marsopas e incluso un narval, cuyo esqueleto fue reconstruido con alambres y suspendido del techo del museo de historia. A los pocos años desapareció, sin embargo, aunque el cuerno adornaría la fachada de la iglesia matriz hasta el incendio y derrumbe que solo los más viejos recordaban.

En cuanto a las gigantes, dijeron, se sabía que habían recorrido la tierra miles de años atrás: pelearon en las guerras contra las ballenas, las subyugaron, las redujeron a la barbarie, reinaron durante siglos y, finalmente, desaparecieron. Federico, uno de los niños del pueblo, encontró en un sótano una enciclopedia que contaba la historia de los arqueólogos y aventureros que habían dado con sus restos: estos, confundidos con el paisaje, solían tomar la forma de grandes cavernas ocupadas por marañas de metal en las que apenas era posible reconocer lo que alguna vez fue un almacén de huesos. En otros casos se trataba de valles escondidos o lechos de ríos secos

donde abundaban, como fósiles, los restos de circuitos capaces de replicarse, y en las regiones más remotas se hablaba de brazos completos con las manos abiertas y los dedos extendidos, levantados por los moradores de aquellos parajes a modo de advertencia.

Los niños no tardaron en abrirse camino hacia el interior del cuerpo. Posiblemente desmontaron primero la articulación del cuello y el gran canal de circuitos que en algún momento había conectado la cabeza, aunque también es posible que prefirieran otras vías de entrada. Pronto, de cualquier forma, habían vaciado buena parte del interior y excavado cuartos y salones, llevándose cables y placas al pueblo, donde los artesanos los convertirían en adornos y bisutería. Al principio pasaban las tardes jugando allí, después de la escuela, y era común encontrarse con padres y madres que se paraban al borde de la costanera y les gritaban que volvieran, que se hacía tarde, que salieran de allí porque había que ir a bañarse, comer y hacer los deberes. Se habló de una suerte de magia o espíritu presente en aquellos restos de circuitos, capaz de atraer a los niños como los flautistas de los cuentos o las criaturas que, de vez en cuando, aparecen en las afueras de los pueblos, al borde de los bosques, esas que, se dice, consumen la razón de aquellos que se atreven a tocarlas. Algunos días la escuela quedó vacía: solo un puñado de niños confundidos permanecían en sus pupitres, y no eran, se dijo, los más brillantes.

Cuando los padres prohibieron la bajada a la playa algunos de los niños se organizaron en una república o una resistencia, y pasaron noches enteras en el cuerpo ahuecado, alumbrados por linternas y por velas. Durante una noche especialmente fría intentaron prender una fogata, que dio cuenta, descontrolada, de buena parte de la piel del abdomen. Eso logró ahuyentarlos. A la mañana siguiente los padres tramaron un cerco y un sistema de vigilancia; duró poco, sin embargo, en gran medida porque muchos jóvenes y adultos bajaban a la playa después del atardecer para esconderse entre los pliegues del cuerpo y hacer el amor con sus parejas o masturbarse. Nadie quería ser testigo de este tipo de cosas, aunque todo el pueblo siguió con interés los relatos de orgías y desenfrenos.

Si bien las medidas de exclusión no se sostuvieron por mucho tiempo, con el tiempo los niños perdieron interés. Muchos de ellos temían a los trabajadores de otros pueblos (los que pasaban por vendimias o cosechas o esquilas y recorrían la región de zafra en zafra, en una vida nómada que los hacía buscar siempre refugios baratos en cavernas o en roqueríos donde pudieran montar campamentos protegidos del viento), que se las habían arreglado para reclamar el interior del cuerpo. Generalmente borrachos, ahuyentaban a los niños que pretendían ocupar su lugar entre cables y pedazos de metal. El pueblo, sin embargo, no los veía con malos ojos: gastaban su dinero en las provisiones y compraban su comida a los pescadores locales. Cuando algunos empezaron a verse incapaces de hablar con claridad (o incluso, a todas luces, a enloquecer), pareció que esos extranjeros habían sido convocados espontáneamente a modo de escudo, para que a nadie de Punta de Piedra debiera enfrentar semejante calamidad.

Una mañana llegó una comitiva de hombres y mujeres vestidos de verde, que portaban máquinas e instrumentos. Dijeron que iban a estudiar las piezas remanentes del cuerpo, a estimar su edad y sacar a la luz la memoria contenida en los circuitos. Como a todos los extranjeros, se los dejó hacer. Unos niños les preguntaron qué estaban buscando, y respondieron que querían asegurarse de que esos restos correspondieran a los de una cabeza encontrada meses atrás en otro pueblo de la costa. Esa noche se los vio entrar al cuerpo. A la mañana siguiente no quedaba rastro de ellos, pero hay quien cuenta que antes del alba abandonaron Punta de Piedra a toda velocidad, en grandes camiones cargados de órganos internos de la gigante.

De todas las fotografías que fueron tomadas en aquellos días del cuerpo, la más célebre (y que, curiosamente, llegó a adornar oficinas administrativas y alguna que otra escuela de la zona) era la de los coxales, el sacro y las articulaciones femorales de la mujer, dispuestas nunca se supo por quién a la manera de un portal cubierto por una barba de cables y los últimos restos de piel sintética. Los niños bajaban a la playa cuando todavía había sol e improvisaban sus partidos de fútbol marcando los tantos con aquella estructura a modo de arco; otros se divertían atravesando de un salto los labios mayores y menores de la vulva, que permanecía tensa en su armazón de metal (y todavía más grande) como una vela de pliegues pesados, la vasta entrada de una carpa de circo o, también, una tosca forma de tortura. Es posible, incluso, que durante temporadas enteras aquella estructura fuera transportada al recodo de la carretera que entraba al pueblo: Punta de Piedra comenzó su transformación final, dicen, con aquella vulva inmensa implantada a modo de portal.

Mucho después (y también es fácil encontrar en las ferias de los domingos las fotografías que los preservaron) los húmeros fueron dispuestos en cruz a las puertas del basurero de San Luis, a unos ochenta kilómetros de Punta de Piedra. El rastro de todas las piezas del cuerpo se perdió, pero no faltó en los años siguientes quien reportase haber dado con las rótulas, un fragmento de fémur o incluso el esternón, casi siempre adheridos a costados de edificios e integrados a tantas construcciones del mismo modo que, en otras épocas, podían verse barbas de ballenas en los techos de las iglesias, trilobites embaldosando las calles y grandes amonites en las fachadas de las casas.

No hay manera de saber cuánto duró el cuerpo más o menos entero ante el mar. Fueron muchas las veces en que las olas llegaron a tocarlo, clavado como parecía a la arena o la roca, y en sus juntas y articulaciones se multiplicaron las algas y las colonias de moluscos. Para entonces poco le importaba al pueblo la presencia de la gigante de metal, que había sido asimilada al paisaje de la costa como si se hubiese visto reducida en presencia y memoria a un viejo naufragio. Sin embargo, no faltaba quien entraba a lo que quedaba de aquellas salas y habitaciones excavadas entre los circuitos para arrancar alguna pieza de metal o cristal y convertirla en ornamento o amuleto. Algunos llegaron incluso a olvidar el origen de aquellos adornos, que

los turistas compraban como recuerdos o artilugios pintorescos imbuidos de cierta magia débil y antigua. No tardaron en aparecer peregrinos, y después comerciantes que organizaban excursiones de devoción. Se hablaba del pueblo tocado por la última de las gigantes, se contaban historias de la mujer de metal que había salido de las aguas todavía en pie para derrumbarse en la arena de la playa (historias que no eran desmentidas, porque nadie estaba del todo seguro de recordar la aparición del cuerpo); entonces, como si hubiesen permanecido todo el tiempo ocultas en baúles o en armarios, las partes más bellas e intrincadas salieron a la luz, para cubrir fachadas, para articularse en altares y grandes esculturas. Toda Punta de Piedra se transformó: las viejas casas de pescadores, los pocos edificios de más de dos pisos de altura, la Matriz y la alcaldía, todo quedó irreconocible. Incluso la plaza mayor fue cubierta de figuras armadas con circuitos, y nadie entendía cómo era posible que hubiera tantos. No faltó quien aventurara la hipótesis más simple, la de la replicación de las propias partes, movidas todavía por las pautas de su funcionamiento. Se conocían casos similares, después de todo, y por eso no era nada extravagante pensar que un pueblo completo pudiera haber sido cubierto por circuitería en relativamente poco tiempo (aunque nadie sabía cuánto: aunque los niños que habían fundado su república ya tenían sus propios hijos y los padres que habían levantado aquel cerco habían muerto hacía años, era fácil recordar que todo había sucedido hacía uno o dos veranos o, más fácil todavía, que la llegada de la gigante había ocurrido en épocas remotas, no mucho después de la fundación de Punta de Piedra).

Se diría después que la historia de Punta de Piedra no es única y que, a lo largo de la costa atlántica, no han sido pocos los pueblos en cuyas playas quedaron varadas las gigantes. Es posible que en todos los casos el final haya sido el mismo, pues esa es la vida de los circuitos, que han de replicarse hasta cubrirlo todo, y no hay en ellos verdadera muerte o vida sino una desvida eterna o una muerte animada hasta el fin.

Fue una niña llamada Valeria la que empezó a introducir aquellas partes metálicas y cristalinas en su cuerpo. Circuitos que habían integrado el equivalente de un corazón o un tímpano fueron incrustados en las palmas de las manos, debajo de la lengua, en el ombligo, la mucosa vaginal o el recto. Y allí también se multiplicaron, como quién sabe cuántos años atrás los hongos y los insectos lo habían hecho sobre la piel sintética abandonada a la humedad. Esas primeras híbridas (pues así se hacían llamar) recorrían las calles enjoyadas de Punta de Piedra como esculturas vivientes: alargaban las terminaciones sensoriales en la punta de sus dedos para fundirse unas con las otras brevemente y sentir el estremecimiento de la electricidad, breve y deslumbrante, bajo las miradas de los turistas.

No está claro qué fue de los hombres. Quizás había sido parte de la intención de los circuitos —o, dicho de otro modo, de los resabios de su funcionamiento— que terminaran asimilados y convertidos en cuerpos de mujeres.

No tardaron en fundirse unas con otras, las híbridas, y también a las esculturas, las casas y los edificios. Hacía tiempo que en Punta de Piedra no crecían árboles ni plantas: para entonces todo había sido tomado por el metal y el cristal. El pueblo completo centelleaba al sol como una joya única, inmensa y compleja.

Los últimos turistas reportaron que las fusiones se habían vuelto insoportables de contemplar: demasiado perturbadoras, decían, como si el proceso en sí hubiese quedado imbuido en alguna forma de terror: el retorno de algo horrible que los siglos y los milenios habían querido olvidar. Décadas más tarde Punta de Piedra se había convertido en un pueblo fantasma: el gobierno imperial decretó una zona de exclusión aduciendo radiaciones peligrosas que, sin embargo, pocos pudieron comprobar. Los relatos de viajeros que se acercaban a los límites del pueblo y terminaban arrojados a una desesperación suicida terminaron de zanjar la cuestión.

Con el tiempo, dado que la autoridad del imperio retrocedía una vez más, empezaron a aparecer aventureros que organizaban expediciones a lo que había sido Punta de Piedra: con todas las protecciones concebibles pasaban una tarde en la zona de exclusión, tras haber ingresado por mar o por carretera, en ómnibus inmensos blindados contra radiaciones que no existían. Se bajaban, entonces, enfundados en sus trajes protectores, y recorrían las calles desiertas. Las fotos que se tomaban posando junto a lo que quedaba de alguna de las esculturas o las fachadas todavía pueden encontrarse hoy, si se busca bien. Durante décadas fueron consideradas de mala suerte o mal agüero, y en el delicado ambiente ominoso que encierran acaso sea fácil entender por qué: si se mira con cuidado, todas las formas fotografiadas (e incluso, a veces, se da la ilusión óptica de que esos perfiles invaden a los visitantes) parecen replicar una mujer, acostada, con los brazos extrañamente tensos, rectos junto al cuerpo.

Incluso las imágenes de lo que fue Punta de Piedra tomadas desde aeronaves sugieren ese contorno: un cuerpo de mujer recostado contra el mar. Lo más curioso, o lo más inquietante, es que la mirada se posa invariablemente en la cabeza, zona de bordes difusos, estallada, espiral.

RAMIRO SANCHIZ

Montevideo, Uruguay, 1978. Es autor de diecisiete novelas, entre las que destacan *La expansión del universo* (2018), *Trashpunk* (2021), *El orden del mundo* (2014), *Las imitaciones* (2016). Relatos, crónicas y artículos suyos han aparecido en revistas como *Xenomorfa Magazine*, *Próxima*, *Axxón* y en antologías como *Ciborgs, zombis y quimeras* (2020), *El tercer mundo después del sol* (2021) y *Quiero la cabeza de Bram Stoker* (2020), entre otros. Dirige el sello editorial Mig21 Editora y la revista *Contaminación Futura*. En su faceta como traductor ha vertido al castellano obras de Alan Mills, Nick Land, Mark Fisher, Sadie Plant, Amy Ireland, Ansgar Allen, Mike Corrao y H.P. Lovecraft.

